

# Cristina Fernández Cubas

## LO QUE NO SE VE

*colección andanzas*



se

Lectulandia

Dos hermanas ya ancianas juegan a representar su película favorita de juventud: una cinta inquietante. Dos adolescentes, compañeras de clase, se descubren crudamente con otra mirada el día de fin de curso. Una mujer evoca, muchos años después, la fiesta en que sus amigos universitarios se atrevieron a invocar al Otro, una tarde que cambió para siempre sus vidas. ¿Puede producirse entre humanos una interacción semejante a la que se da entre algunas plantas...?

En una ciudad italiana, a la que ha viajado para acompañar a su pareja, un hombre accede a la zona en obras de la catedral donde recibirá un mandato con consecuencias imprevistas. Una mujer cruza acalorada la calzada atestada de coches y, tras un conato de desvanecimiento, repara en una curiosa tienda nueva en el barrio.

Con un magistral uso de la psicología e introduciendo sutiles perturbaciones en la experiencia cotidiana, las historias de *Lo que no se ve* rozan a menudo lo inexplicable, lo terrorífico, pero también lo no dicho, lo que intuimos y no sabemos expresar, o lo que inesperadamente nos cambia y no olvidaremos ya nunca.

Cristina Fernández Cubas

# Lo que no se ve

ePub r1.0

Titivillus 01.04.2026

Cristina Fernández Cubas, 2025

Editor digital: Titivillus  
ePub base r3.0 (ePub 3)

Nadie puede saltar fuera de su sombra.

Proverbio árabe

Pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

2 Corintios 4:18

Mamá, cuando uno muere..., ¿es para toda la vida?

De la película *22 balas*,  
de Richard Berry

Tú Joan, yo Bette

Son ya viejas. Dos hermanas viejas que viven juntas. Se llevan pocos años y, en otros tiempos, una fue morena y la otra rubia, pero, a medida que las canas recubren su cabello, van borrándose las diferencias y se parecen cada vez más. A menudo la cabeza les juega alguna que otra mala pasada. Confusiones, equívocos, mezcla entre sueños y realidad... A una de ellas, por lo menos. Lo que no queda claro es a quién. Para Joan la culpable de todo siempre será Bette. Para Bette, acostumbrada desde hace tiempo a su papel de maligna, es únicamente Joan, la mayor, quien está completamente demenciada. Un día se lo dice: «Necesitas ayuda». Una fórmula que conoce de las películas y que le cuesta lo suyo pronunciar. Hubiera preferido espetarle: «¡Chalada!», «¡Ida!», «¡Chiflada!»». O encerrarla en su habitación y dejarla sin comer durante unos días. Pero termina acudiendo a esa fórmula tan correcta tal vez solo para incidir en lo fundamental: necesita ayuda. Y la ayuda es ella, Bette. Joan no está imposibilitada, como la Crawford de la cinta, pero se ha metido tanto en el personaje que le gusta desplazarse por el pasillo en silla de ruedas con cara de infelicidad. El pasillo está repleto de cuadros, daguerrotipos y espejos de marcos tallados. Igual a como lo dejaron sus padres; no han tocado nada. Pero Joan mira siempre hacia el frente. No le importan los cuadros, los daguerrotipos le dan miedo y le molesta mirarse en los espejos. Es duro aceptar los estragos que el tiempo imprime en la piel, pero hay algo peor. A ratos, el rostro que le devuelve el azogue se parece demasiado al de su hermana Bette. Hubo un día, incluso, en que se creyó Bette. Aunque de esto hace ya algún tiempo.

De pequeña Bette adoraba a Joan y quería ser como ella. Pero ella, ocupada siempre en sus cosas de hermana mayor, no le hacía el menor caso. Tuvo, pues, que esperar a la adolescencia para que Joan empezara a tomarla en cuenta. ¡Y vaya si la tomó en cuenta! Se hicieron amigas, inseparables y confidentes, reían juntas de cualquier cosa, lo pasaban en grande y se aliaban para defenderse de sus padres, tan serios y severos ellos. Los colores alegres con los que pintaron su dormitorio de jovencitas

contrastaban drásticamente con la oscuridad del pasillo y los tenebrosos papeles pintados que recubrían las paredes de la vivienda. Un piso de los de antes, amplio y silencioso, donde persianas y pesadas cortinas se encargaban de impedir la entrada del sol. Entonces lo odiaban; ahora no podrían vivir en otro lugar.

A las dos les gustaba el cine. También a sus padres. Casi todos los domingos, después del almuerzo, el recuerdo de algunas películas acaparaba una sobremesa que solía prolongarse hasta el atardecer. Aquellos eran los momentos más bonitos del día. Los padres dejaban de ser padres, aparcaban su severidad, compartían ocurrencias y se unían, incluso, al juego de «¿Y qué pasa después de la palabra “FIN”?». Luego, llegada la hora de encender lámparas y recoger la mesa, el padre se encerraba en su despacho y la madre en su gabinete. El día volvía a ser como todos los días. El padre enfrascado en su trabajo y la madre retomando la eterna rutina de tejer jerséis y bufandas de lana. A pares. Dos bufandas o dos jerséis exactamente iguales. Como si supiera ya que Joan y Bette (que todavía no se llamaban Joan y Bette), tan distintas entre sí, tan morena una y tan rubia la otra, terminarían, con el tiempo, convirtiéndose en gemelas.

Así era su vida entonces. Monótona, aburrida. En un viejo piso de pasillos en sombras y alcobas en las que no entraba el sol. A excepción de su dormitorio, lleno de luz, y de las animadas sobremesas de esos domingos en los que caía la tarde y encendían la araña del comedor. Pero tuvo que ser, precisamente, una película la visita inesperada que se adueñaría de la casa, derruiría paredes y alteraría costumbres. No hace falta recordar el título. Es un clásico ya; desde hace mucho. Ellas la vieron primero. Poco después, sus padres. Y ocurrió que la cinta, el cine, dejó de limitarse desde entonces a alguna que otra sobremesa de domingo para expandirse por toda la casa. El largo pasillo se erigió en el set preferido de la acción. La hermana morena pasó a llamarse Joan; la rubia, Bette. Poco importa ahora cuáles fueron sus nombres verdaderos ni tampoco si las iniciales de los adoptados coincidían con las de los originales. La elección fue inmediata y espontánea. Y enseguida empezó el juego. Los juegos. *Tableaux vivants* que a veces adquirían sonido y movimiento. Un vestido antiguo de la madre, una peluca rescatada de un altillo, colorete y

maquillaje exagerado para Bette; polvos de arroz para acentuar la palidez mortecina de Joan; un viejo triciclo, oculto bajo una manta negra, simulando una silla de ruedas. La transformación las dejó a ellas mismas boquiabiertas. Y la primera vez que entraron en acción no se contentaron con componer una escena inmóvil reflejada con fidelidad en los espejos del pasillo. Era de noche, los padres acababan de recogerse en su alcoba, desde fuera les pidieron que apagaran las luces. «Una sorpresa», anunciaron. Y cuando oyeron el clic esperado y tras la cerradura no se filtraba la menor claridad, entraron. En procesión. Primero la doliente Joan, sentada en su simulada silla de inválida, seguida de su hermana, iluminadas las dos por las llamas oscilantes del candelabro que una triunfante Bette alzaba entre sus manos. El efecto debió de ser espectacular. O deliciosamente terrorífico. Porque los padres (a los que, como sabemos, les gustaba el cine) se incorporaron al instante de la cama.

Y aplaudieron.

Las chicas se casaron. Dos matrimonios que no duraron demasiado. Bette se divorció; a Joan la divorciaron. La casa de los padres, ya sin padres, se reveló enseguida como un hogar-refugio. Allí se instalaron las dos. Pero no en el dormitorio juvenil de colores alegres. Joan escogió la alcoba de los padres y Bette una habitación que nunca había tenido, hasta entonces, una función definida. Al principio hablaron de reformas. De deshacerse de los gruesos cortinajes que interceptaban la entrada del sol, de eliminar muebles mastodónticos o de arrancar el tenebroso papel de las paredes. Pero nunca encontraban el momento y, a medida que pasaban los años, esa obligada penumbra terminó por complacerles. Estaban bien así. Fuera del mundo. Y empezaron a asomar con fuerza los recuerdos. Los tiempos en que jugaban a ser Crawford y Davis. Tiempos en que no necesitaban a nadie más para ser felices. Y se aprestaron a rescatar sombreros y tocados de baúles y altillos. Descubrieron maravillas: vestidos de fiesta de cuando su madre era joven, muy propios de la época que deseaban revivir. Reventaron costuras, añadieron piezas, recubrieron los desperfectos con chales o flores de papel. Y se lo pasaron en grande. La vida estaba allí. En el interior de aquella casa oscura. Y mientras Joan cosía y descosía, Bette,

más ducha en tecnología que su hermana, buscaba en internet todo lo relacionado con la venerada película. Anécdotas del rodaje, duelo real entre las dos protagonistas, jugarretas dentro y fuera del celuloide. Y secuelas. Series, cintas y obras de teatro sobre la relación entre las dos divas. Un día a Joan se le ocurrió preguntar: «¿Habrá más mujeres en el mundo a quienes les fascine tanto la película como a nosotras? Y si es así, ¿cómo tomar contacto con ellas? ¿Existirá algún club al que podríamos adherirnos?». Bette abrió inmediatamente el ordenador. Imaginó un encuentro entre *joans* y *bettes* de distintos países. Una excursión o una gran fiesta. Redactó con la mente una convocatoria irresistible. Y acudieron muchas. Demasiadas. Las situó primero en un autocar, luego en dos, al final en una interminable caravana. La secuencia no acabó de gustarle. Era imposible, con los vehículos en movimiento, abarcarlas a todas a la vez y, además, le había parecido detectar la presencia de una de ellas que destacaba por encima de las otras. No iba vestida ni de Bette ni de Joan, aunque quizás tuviera rasgos de las dos. Y era extraña. La miraba con demasiado desparpajo. Con descaro, incluso. ¿Qué hacía esa mujer allí? ¿Quién la había invitado? «La imaginación es un potro desbocado», recordó, y de un cabezazo cambió la carretera y los autocares por una isla. Palmeras, cócteles de licores adornados con flores, sombrillitas de papel, frutas tropicales; camareros jóvenes tostados por el sol; música de tambores y maracas... Se olvidó de la intrusa que amenazaba la armonía del conjunto y se caló una pamelita. También otras *bettes* lucían pamelitas, pero ninguna como la de ella. Enorme. Espectacular. Con un pañuelo vaporoso que se dejaba mecer por el viento. Ella sí era Bette. Las otras, unas aficionadas.

Así y todo, tal vez únicamente por curiosidad —o porque Joan, a su lado, la miraba expectante—, dejó a un lado sus ensoñaciones y tecleó varias búsquedas en la pantalla. Entró en foros y redes sociales. Nada de lo que encontró despertó su interés. «Da igual», murmuró al rato. «Tú, Joan, y yo, Bette, somos, sin lugar a dudas, las mejores». Y tenía razón. Porque hacía ya demasiado tiempo que el juego había dejado de ser un juego. Aunque todavía no tanto para que se pudiera afirmar que las hermanas se habían convertido realmente en Bette y Joan. Aún no. Pero faltaba poco.

Probaron a intercambiarse los papeles. Solo una vez y no dio resultado. Sucedió el día en que Joan contempló aterrada cómo su rostro dejaba de ser suyo para convertirse en el de Bette. No fue en el pasillo, ante cualquiera de los espejos a los que entonces todavía no evitaba, sino en la cornucopia del dormitorio principal, la alcoba que había pertenecido a sus padres y ella ocupaba ahora sin haber introducido el menor cambio. Se trataba de una pieza de anticuario, de marco tallado y dorado, con la luna picoteada y oscurecida por el tiempo, y dos brazos en la base con un par de velas a medio consumir. Nunca, hasta donde le alcanzaba la memoria, las había visto encendidas. Suponía que el comerciante las entregó ya así, con chorretones de cera seca que envejecían el conjunto y le otorgaban cierta solera. Pero, aquel día, las velas prendidas en una habitación en sombras producían un extraño efecto. Al principio Joan dudó de lo que estaba viendo. Y parpadeó a propósito, como si remedando la oscilación de las llamas pudiera acabar con el prodigio. Pero no logró sino el efecto contrario. A cada parpadeo, Bette, desde el azogue, venciendo manchas y huellas del tiempo, seguía observándola en silencio. Sin dejar de temblar sopló las velas y, en la penumbra, le pareció distinguir una sombra detrás de ella que se alejaba para fundirse con el resto. «¡Bette!», gritó aferrándose a su silla. «¿Eres tú, Bette?». Pero el sonido de una llave en la puerta del piso, seguido del tintineo de una campanilla, la obligó a recorrer el pasillo hasta la entrada. Allí estaba su hermana, con la compra del día en una bolsa y la gabardina empapada de lluvia. «¡Qué día tan atroz!», dijo Bette. Y enseguida, mirándola con desprecio: «Y tú aquí, como siempre, tan tranquila».

Joan, por un momento, quiso contarle lo que le acababa de pasar, atribuir a las llamas el curioso efecto óptico, alegrarse de que Bette llegara de la calle en ese mismo instante aunque fuera chorreando, malhumorada, dispuesta a iniciar la retahíla de acusaciones habituales. O más bien por ello. Era evidente que su hermana no podía estar en dos sitios a la vez. Por eso decidió callar. Solo faltaba que la llamara demente, loca o perturbada. Y quizás, a tenor de lo que acababa de sucederle, no anduviera del todo errada. Perturbada, loca, demente... Aunque, si lo pensaba bien, si era

capaz de comprender la imposibilidad de que alguien se encontrara simultáneamente en dos lugares, todo parecía indicar que todavía discurría con lógica y no había perdido el juicio. Se levantó de la silla fingiendo un gran esfuerzo y ayudó a su hermana a quitarse la gabardina. Un gesto desacostumbrado y amable. En realidad no estaba ayudando a Bette, a la mujer madura con la que compartía vivienda, sino a la hermana menor de los lejanos tiempos del colegio en los que ni siquiera se llamaban como ahora ni, por edad, compartían la enseñanza en las mismas aulas. Sonrió al recordar «bilocación», el don que poseían algunos santos de los que le habían hablado en clase de religión y que, desde luego, no podía formar parte de los atributos de Bette. Una maligna. Una mujer ante la que debía ahora recomponer su figura e inventarse una pregunta antes de que se le ocurriera sospechar. Se echó a reír. De todas las mujeres del mundo, Bette era lo más opuesto a una santa.

—Se me ocurre algo. Sería divertido, por un día al menos...

Bette arqueó las cejas. No estaba acostumbrada a que su hermana tomara la iniciativa. Y ahora Joan parecía dudar. La menor simuló un bostezo.

—Yo sería Bette y tú, Joan —dijo al fin.

Y enseguida, como arrepintiéndose de su atrevimiento:

—Por un día. Solo por un día...

No funcionó. No podía funcionar, estaba cantado. Convertirse en Bette requería, además de arrestos, una agilidad de la que Joan carecía por completo. Bette se ocupaba de la compra, de contratar mujeres para la limpieza, de despedirlas a las pocas semanas, de llamar a fontaneros o electricistas, regatear y discutir con ellos, llevar la contabilidad y controlar los gastos. Joan, en cambio, se había acostumbrado a la inactividad, a la dependencia de una silla de ruedas que, en un principio, no necesitaba. Pero eso era *en un principio*. Pronto el cuerpo emitió sus señales de alarma. Las piernas se debilitaron y, lejos de la silla amiga, empezó a sentir mareos o sufrir pérdidas de equilibrio. Porque desde los días en que, muertos los padres y libres de maridos, hicieron de la casa oscura su vivienda no había dejado de consultar folletos y permanecer al tanto de los

modelos de silla más avanzados. Y adquirirlos. Primero manuales, después motorizados. El último fue un Libercar Aura con el que recorría infinidad de veces el pasillo sin descomponer su cara de fastidio o sufrimiento. Joan, pues, fracasó en el intento. Pero también Bette. ¿Qué hacía, de pronto, Bette renunciando a su marcado maquillaje, a la libertad de movimientos, a su poderío frente a Joan, esa mosquita muerta que la sacaba de quicio? La pantomima no duró siquiera media hora. Ambas asumieron el descalabro. Y regresaron a su verdadero ser. El papel que la película venerada les había asignado desde hacía tanto tiempo.

—Volvamos a lo de siempre —ordenó la menor.

Y buscó en un cajón el DVD desgastado por el uso.

—Venga. Empecemos. Hoy toca sesión.

Antes lo hacían a menudo. Se sentaban frente al televisor y accionaban el reproductor de vídeos. Recordaban —y se emocionaban de verdad— la tarde en la que, en una sala de cine abarrotada, descubrieron a Blanche y a Jane, hermanas como ellas, hermanas que, con el tiempo, terminarían siendo *ellas*. Era el 4 de diciembre de 1963. El día del estreno. La película no estaba autorizada para todos los públicos, pero providencialmente Bette, la pequeña, aquel mismo día cumplía los dieciocho. Pudo no haber sido así, pero así fue. La mano del destino se encargó de ajustar fechas, y Joan y Bette (desconocedoras de que, desde aquella tarde, iban a llamarse Joan y Bette) entraron en la sala sin el menor problema, con todo el derecho. Recordaban también —y le daban al *Pause* para no perderse ninguna secuencia— los *tableaux vivants* que con tanta ilusión compusieron pronto en el pasillo de la casa y el efecto que su aparición, en fila india y a la luz de un candelabro, provocó en sus sorprendidos padres. Había cariño y ternura en el recuerdo. Y un lugar especial para el triciclo infantil, rescatado de los trasteros, que hábilmente convirtieron en una silla de ruedas para la inválida Joan. Siempre igual. Sentidos homenajes y vuelta a la proyección. Como se sabían los diálogos de memoria, solían decirlos al mismo tiempo que las actrices, con idéntica entonación, hasta el punto de que sus voces se solapaban y resultaba difícil distinguir quién remedaba a quién. Con los años aceleraron el metraje de algunas

secuencias. No les acababan de gustar. Sobre todo las últimas. El momento en que Crawford, a punto de morir, echada en la arena de Malibu Beach, confiesa su secreto, su culpa. Y Davis reacciona con la añoranza de lo que no sucedió: «Todos estos años pudimos ser amigas». Rotundamente no. Se habían acostumbrado a ignorar ese giro final. Joan quería ser víctima. Sufría —y al tiempo era feliz— en su papel de víctima. Y a Bette, por su parte, le encantaba sentirse malvada. Una alegre, fantasiosa y despiadada malvada.

Esta sesión, a tantos años de las precedentes, no iba a resultar distinta. Pero sí más breve. Ahora eran muchas las secuencias despachadas a toda velocidad gracias a un *play speed* cada vez más desgastado, y muchos, también, los recuerdos que afloraban en cuanto oprimían *Pause* para tomarse un respiro. Aquel 4 de diciembre fundacional que terminaría transformando sus vidas, el triciclo infantil, la búsqueda de postizos y vestidos en baúles y altillos, el aplauso espontáneo de los padres sorprendidos en su alcoba... Solo que había pasado demasiado tiempo y ya no era lo mismo. Más que recuerdos, lo que evocaban ahora eran recuerdos de recuerdos. Las veces que habían revivido el 4 de diciembre, el aplauso de sus padres, el viejo triciclo... Con una novedad. La sensación compartida de que Blanche y Jane, desde la pantalla, las imitaban.

—Y eso no es lo peor —sentenció Bette.

Luego miró a su hermana, guardó el DVD en el cajón y, negando resignada con la cabeza, concluyó:

—¡Sobreactúan!

Joan no se inmutó. Acababa de perderse en sus pensamientos. Había algo en el transcurso del día que escapaba a su comprensión. Un puzle al que le faltaba o sobraba alguna pieza. Un pequeño detalle que antes, asustada al convertirse en su hermana en el azogue, había pasado por alto. Pero ahí estaba. Las velas. No recordaba haber encendido las velas del espejo de su cuarto, ¿por qué iba a hacerlo? Y Bette se encontraba entonces en la calle, haciendo la compra, como cada día. A no ser que se hubiera encargado de encenderlas horas atrás... Aunque ¿con qué intención? ¿Con el propósito de quemar la casa?

—¡Bette! —gritó con toda la energía de la que fue capaz—. ¿Estuviste en mi dormitorio antes de ir a la compra?

Pero Bette no la oyó. Ahora era ella la que se había entregado a sus pensamientos. Y con esa sincronización que suele atribuirse a gemelos, pero que puede producirse asimismo, tras una larga convivencia, entre simples hermanos, recordaba angustiada, ella también, una secuencia a la que no encontraba explicación. Un misterio. El día en que, tiempo atrás, imaginó un encuentro entre *bettes* y *joans*... Y apareció la intrusa. Alguien que la observaba como si la conociera bien. Entonces logró borrarla de un manotazo. Pero mucho después, a ratos, le parecía *sentir* que todavía seguía allí. Y las hermanas, una con la molesta presencia y otra con el enigma de las velas, llegaron, aunque en secreto, a la misma conclusión.

No estaban solas.

Aquel día lo comprendieron y, con los años, no han tenido más remedio que asumirlo. No están solas. Para empezar se tienen la una a la otra. Y, en el fondo, se quieren. Aunque también se detestan. No se diferencian demasiado de algunos matrimonios, de algunas parejas. Son ya muchos años de vivir juntas. Tantos, que los motivos del odio han terminado por desdibujarse, pero no el reparto de papeles. Actúan como actúan porque no pueden hacerlo de otra manera. Y a ratos son plenamente conscientes. Hoy mismo, sin ir más lejos. Esta mañana, Bette, la jefa visible de la casa oscura, ha tenido un momento de lucidez. «Ningún juego es inocente», ha dicho mirando la calle a través de una ventana empañada por la lluvia. Y enseguida: «Claro. ¿Qué podíamos esperar?». Pero ¿ha sido ella quien ha hablado? Joan está al otro lado de la sala meciéndose en un balancín. A veces lo hace. Abandona esa silla que casi ha pasado a formar parte de su anatomía para dejarse llevar por el vaivén de una mecedora. Es su único ejercicio. El balanceo la pone de buen humor. Y canta. Siempre la misma canción. No hace falta recordar a qué película pertenece. La canta mal a propósito. Con voz desmayada. Como si remedara a la Jane de la cinta y se burlara de ella. Pero canta. No ha dejado de cantar y eso quiere decir que no ha sido ella quien ha hablado. ¿Entonces? Bette repite lo que sí ha dicho: «Ningún juego es inocente». Y espera. La voz no tarda en dejarse

oír. Es una voz con eco, una voz cercana y lejana al tiempo. «No hay que jugar al espectro porque se llega a serlo», suelta desde su lejana cercanía. Y, después de unos segundos, añade: «De la Kábala». Bette cabecea disgustada. La voz no solo lanza sentencias sino que, además, se molesta en indicar las fuentes. Mira a Joan. Probablemente no ha oído nada; sigue cantando desde la mecedora con aire inocente. Se pregunta a quién odia más. Si a la mosquita muerta de su hermana o a esta voz sabelotodo que no duda en instalarse en su cerebro. Le recuerda a esos narradores omniscientes que siempre ha detestado. Fingen narrar una historia que les es ajena y en realidad se la apropian, opinan, juzgan. Y reviven momentos que los personajes han olvidado. Se creen superiores porque todo lo ven. Pero no lo viven. Aunque, bien pensado, a esta voz impertinente no le falta razón. Ni Bette ni Joan son espectros, pero sí han llegado a convertirse en Bette y Joan.

—Creo que es una mujer —dice inopinadamente Joan desde la mecedora.

¿Transmisión de pensamientos? Bette se siente incómoda. Y sorprendida. Se diría que su cabeza es de cristal y cualquiera puede hacerse con sus reflexiones.

—Pero no es obligatorio. Un narrador va a donde quiere ir, ve lo que desea ver y se adjudica el género que le da la gana.

El vaivén de la mecedora arranca chasquidos del entarimado. Bette abandona la ventana. No quiere perderse una palabra de lo que está diciendo Joan. Una Joan desconocida. O no tanto. En realidad hace ya algún tiempo que se está apartando sutilmente de su rol. O introduciendo variantes.

—En caso de que fuera mujer es muy posible que, de pequeña, jugara con una hermana, como nosotras. En caso de resultar hombre es más que probable que viera a sus hermanas jugando a ser nosotras.

Algo raro está ocurriendo esta mañana. Las dos son plenamente conscientes. Joan, por primera vez en su larga convivencia, lleva con arte la batuta y Bette la escucha deslumbrada. Su hermana está en vena. Dice lo que hasta ahora ninguna de ellas se ha atrevido a decir. Verbaliza sospechas; reconoce dudas. Y sigue:

—¿Te has dado cuenta de que hay demasiados claros en nuestra historia?

Sí. Bette se ha dado cuenta. Pero la sospecha se le hace dolorosa y, cada vez que aparece, la espanta de un manotazo. Como a una mosca. Esta mañana, sin embargo, el bicho sigue revoloteando. Es cierto. Su vida no tiene continuidad. Solo fragmentos.

—Una historia discontinua —asiente Joan—. Fragmentaria.

No hace falta hablar más. Los claros, la oscuridad, la acción. Esa serie de islotes perdidos en un océano. Aunque quizás exista una palabra clave que lo resuma todo. Un concepto. Una definición.

—*Tableaux vivants* —dicen las dos a un tiempo.

Pero unos cuadros que mejor sería catalogar como «muertos». Porque una cosa es reproducir (o inventar) secuencias, congelarlas, contener la respiración y permanecer así el tiempo que les venga en gana, y otra muy distinta verse petrificadas a la fuerza, sin previo aviso. Convertirse en estatuas de sal en mitad de una conversación, de una pelea, de un momento intrascendente o, todo lo contrario, de un gran momento, el instante mismo en el que cualquiera de ellas se encuentre a punto de realizar un «descubrimiento».

—Esto no es arte —dice Bette—. Intrusión sí. Falta de respeto.

Joan asiente. Pocas veces en su larga convivencia de enemigas irredentes han estado más de acuerdo. Ellas inventaron sus cuadros. Los compusieron con minuciosidad, fieles a los modelos, sin descuidar el menor detalle. Hasta que un día el marco se les quedó estrecho y saltaron al mundo. A la vida en la casa heredada de sus padres que pronto se convertiría en su mundo. ¿Una vida? Ya no pueden engañarse. A lo sumo, retazos de una vida. Piezas de un puzle que alguien arma a su capricho.

—¿Quién mueve los hilos, Bette?

Joan habla con una autoridad en ella desconocida. Pero la pregunta es retórica. Antes ha demostrado que lo tenía todo muy claro. Incluso se ha interrogado sobre cuál podría ser su sexo —¿Mujer? ¿Hombre?—, dato al que, sin embargo, no ha concedido excesiva importancia.

—Llámale Voz, si quieres.

Joan parece interesada en llegar hasta el fondo.

—¿Y quién da voz a la Voz? —pregunta.

Bette se encoge de hombros. Y así se queda. Congelada. Mientras, Joan la mira expectante. Con unos ojos que no ven. Unos ojos que quizás nunca vieron. Ahora todo es quietud y silencio en la casa oscura. Un cuadro muerto. Una postal rasgada únicamente por los gemidos de una mecedora que, pura inercia, sigue balanceándose sobre el entarimado.

Los cuadros se han convertido en la medida del tiempo. Ignoran *cuántos* han transcurrido desde sus últimos recuerdos, pero se sienten cansadas, muy cansadas. Como si despertaran de un sueño agotador. De una pesadilla. Están en el cuarto de Joan, el de las gruesas cortinas que impiden la entrada del sol. Aunque este detalle, ahora, importa poco. Es noche cerrada y hace frío.

—Podríamos estrenar los camiones —dice Bette sacando del armario dos prendas de satén envueltas en papel de seda—. Los que compré hace tiempo y mandé bordar.

En uno se puede leer la «J» de Joan. En el otro, la «B» de Bette. Cada una se hace con el que le corresponde. Son suaves, agradables al tacto. Camiones adquiridos para una ocasión especial. Hoy, por ejemplo.

—Ha llegado la hora, Joan.

La decisión está tomada. Aunque, de nuevo, ¿quién la ha tomado? No se molestan en insistir. Hoy no. La vez que llegaron más lejos —quién sabe cuántos cuadros atrás— fueron inmediatamente silenciadas. O petrificadas, que todavía es peor. Visten, pues, los camiones y se miran al espejo. La cornucopia del cuarto de Joan que un día confundió sus rostros.

—Ahora los abrigos.

Bette ha recuperado el mando y Joan se deja llevar. Como si nunca hubiera dejado de ser así. Como siempre.

—No tenemos un Lincoln Continental —se atreve a decir Joan.

—Ni tampoco Malibú está a un tiro de piedra —gruñe Bette—. Nos conformamos con lo que hay.

Llaman por teléfono a un taxi. Un taxi corriente y moliente. El conductor es un hindú que apenas entiende el idioma, pero dobla solícito la silla de Joan, la coloca en el maletero y las lleva sin rechistar a una playa lejana. Cien kilómetros. Todo está calculado para que, al poco de

llegar, empieza a amanecer. Hace frío. Por eso las hermanas han cubierto sus camisones con gruesos abrigos de lana. El taxista no se ha sorprendido de su aspecto. Lleva tan poco tiempo en el país que desconoce por completo las costumbres. «Van de fiesta», concluye para sí mismo. El satén les llega hasta el tobillo y el abrigo tan solo a la rodilla. «Aunque... ¿a una playa y de madrugada?». La dirección y la hora no acaban de convencerle. Son viejas y un tanto raras. Durante el trayecto ha encendido la radio (para no dormirse) y ha buscado una emisora con música de su tierra. No ha pedido permiso porque desconoce la fórmula. Pero una de ellas, la que va pintada como una puerta, se ha puesto a bailar desde su asiento. A contonearse. La de tez mortecina, en cambio, no ha movido un músculo y mira impertérrita hacia el frente. El chófer se pregunta si ahora le estarán observando a través del mismo retrovisor con que él las estudia a ellas. Son idénticas. Tal vez por eso una se maquilla exageradamente y la otra no. Para distinguirse. «Mantequilla en los cuernos de una vaca», murmura en su idioma. Si supiera español habría acudido a una equivalencia. «Más raras que un perro verde», por ejemplo. O habría callado, algo que le han inculcado de pequeño y que siempre resulta más prudente. El caso es que ya han llegado a destino. Baja del coche, abre la portezuela, despliega la silla y allí las deja.

Una playa larga y desierta.

De momento es solo una silueta lejana y oscura con una gorra rojo chillón que destaca en la neblina de la madrugada. Un hombre ligeramente encorvado, a buen seguro un buscador de tesoros que todavía no ha reparado en ellas. Las hermanas tampoco lo ven aún. En realidad, no lo verán nunca. La arena está húmeda y hace frío. Después de alguna vacilación, han optado por sacarse los abrigos. Bette ha extendido uno a modo de toalla; el otro les servirá de manta para cubrir sus camisones. Saben que no es exactamente el final que merecían. Pero ni el taxi era descapotable, ni se ven chiringuitos en la playa, ni tampoco, dentro de un rato, empezarán a llegar los bañistas y rodearán a Bette, como en la película. Nada será igual, pero sí parecido. Ahora son las dos las que están tumbadas y también las dos las que asumen que les queda poco tiempo.

Joan en un momento, como Crawford en la cinta, se decide a confesar la verdad. O, mejor, lo intenta. En realidad ha olvidado por completo en qué podía consistir esa *verdad*. Bette suspira aliviada. Este era el momento que más temía. Pero ¿por qué lo temía? Tampoco ella puede recordarlo. El olvido ha instalado un muro entre las dos. Pero hay secuencias que se resisten a desaparecer. Ríen como las hermanas felices que fueron en un tiempo y se odian porque así estaba previsto que sucediese. Es una lucha de pasiones. Con una pequeña tregua. El instante en que una de las dos revive los felices domingos con sus padres jugando a «¿Y qué pasa después de la palabra “FIN”?». Aunque ahora no se trate ya de un juego sino de la única pregunta que se atreven a lanzar a la Voz. ¿Qué pasa *realmente* después de la palabra «FIN»? Cuando el rastreador de metales las descubre, están inmóviles, con la mirada perdida en las nubes y las manos entrelazadas. La mano izquierda de Joan y la derecha de Bette.

El buscador de tesoros llama a una ambulancia. «Dos viejas», dice. «Dos gemelas en camisón, en la playa y en pleno invierno». Y, afectado por su terrible hallazgo, sigue hablando, no puede dejar de hablar: «Se diría que nada es casual, que han querido afrontar juntas sus últimos momentos. Y también que, en vida, debían de sentirse muy unidas. Están cogidas de la mano. Con fuerza. Como si no quisieran que nada ni nadie las separara».

La emoción le traiciona. Y rompe a llorar. Apenas consigue serenarse e indicar las coordenadas del lugar. Pero lo hace. Cumple con su deber de buen ciudadano. Y aguarda. Apoyado en el detector de metales, levemente inclinado como momentos atrás, cuando esperaba rescatar joyas sepultadas en la arena, parece un pastor que vigila a su rebaño. No piensa moverse de allí hasta que lleguen los médicos, la policía, el forense o quien demonios tenga que llegar. Se saca la gorra en señal de respeto. Ellas nunca alcanzarán a saberlo, pero no podían soñar con mejor despedida. Un final, en cierta forma, inesperadamente feliz.

Aunque, tal vez, no sea del todo exacto. Quizás haya alguien (una mujer, un hombre, una voz controladora e indiscreta) en condiciones de aportar más datos sobre los últimos instantes. Alguien que no necesita viajar en la

ambulancia (han subido a las difuntas a la vez; imposible despegar sus manos) ni tampoco presenciar las autopsias en la sala de disecciones. Alguien, en fin, conocedor (dada su condición de omnisciente) de que, llegado el momento de la separación de cuerpos, los responsables se las ven y desean para lograrlo. Las uñas de una perforan la palma de la otra, y la otra, como en un espejo, incrusta las suyas con igual energía en la piel de la primera. Uñas largas, afiladas. Estiletes. Uñas, a todas luces, impropias de unas viejas.

Pero hace ya demasiado que las conoce, muchos han sido los cuadros compartidos y de esa intensa convivencia ha surgido una emoción muy semejante al afecto. De pronto siente que se vayan tan pronto. Que hayan dejado la casa oscura para acelerar el desenlace en la arena húmeda de una playa. Se han precipitado. Pero ¿han sido *ellas* quienes se han precipitado? Se encoge de hombros y, como tantas veces Bette en esta historia, aparta la pregunta de un volantazo. Podría poner punto final y desentenderse. Podría hacerlo. Volver al párrafo anterior y concluir con la palabra «viejas», las mismas viejas con las que ha iniciado este relato. La arena húmeda, sin embargo, sigue ahí. Y el conmovido buscador de tesoros con la gorra roja en la mano. Nada mejor, pues, que regresar a la playa, situarse con el mayor respeto junto al hombre y apoyarlo en silencio.

—Sí, se querían —le dirá al cabo de un rato—. Claro que se querían mucho.

¿De qué se habla en las fiestas?

Era una guerra y yo me la sabía de memoria. «En los institutos la enseñanza es superior. Los profesores están preparados. Allí nadie irá detrás de ti dándote la murga. Pero si el día que te preguntan no lo sabes..., entonces te juegas el curso». O también: «Como en la Universidad. Un instituto es el vestíbulo de la Universidad. Una universidad en pequeño». Y era curioso porque las monjas, el bando enemigo, no se molestaban en negar esa bendición de que nadie iba a ir detrás de ti dándote la murga. Muy al contrario. «A ellos no les va a importar si estudiáis o no. Que os quede claro». Eso, a sus ojos, era lo peor que podía tener un instituto. Como también la distancia, el anonimato. *Ellos*. En el colegio a todas nos llamaban por el nombre y allá, en el instituto —porque estaban enteradas de que alguna de nosotras, en el recreo, hablábamos maravillas de lo que podía ser un instituto—, no seríamos más que un apellido, un número. ¿Estábamos preparadas para tanta responsabilidad? «¿Estáis preparadas, niñas?».

No. Yo no lo estaba. Es más, el dato de la magnífica enseñanza de los institutos era lo que menos podía importarme del mundo. Quería irme del colegio, dejar de vestir uniforme y, por encima de todo, que nadie viniera tras de mí dándome la lata. Eso era lo principal. ¡Basta de rollos! Y si me llamaban por el apellido o me trataban de usted, mejor que mejor. Por eso mi primer día de instituto no pudo presentarse más apetecible. Tenía quince años, estrenaba falda escocesa, le había cogido a mi hermana mayor un suéter Vitos (de los que en aquellos tiempos venían de Andorra) y me había *crepado* el pelo. En el colegio el año anterior habían prohibido los *crepados*. ¡Un fastidio! Ahora, por fin, yo podía vestir y peinarme como me viniera en gana. Nadie iba a ir detrás de mí. No sería más que un apellido, un número. Igual que en una universidad. En pequeño.

Pronto me di cuenta de que el instituto no era tan deshumanizado como nos lo presentaban sus detractoras, pero tampoco tan sorprendente ni maravilloso como yo había fabulado. Había de todo. Profesores distantes y profesores cercanos. Clases divertidas y clases soporíferas. Una adjunta de

Literatura, la señorita Munts, que privilegiaba la originalidad, nos trataba como a iguales, insistía en que dejáramos volar la imaginación y celebraba nuestras ocurrencias. Pero también terquedades y absurdos a prueba de colegio. El profesor de Geografía, por ejemplo. Un hombre amargado que criticaba todo lo que podía aunque tenía una gracia especial para hacernos viajar por ciudades, montañas o ríos cuando desplegaba mapas sobre el encerado. Pero un día, mientras escribía algo en la pizarra, oyó unas risas, se volvió bruscamente, creyó que alguien se burlaba de él... Y se hizo un lío. Riñó a la alumna que no debía, la verdadera culpable se dio a conocer al final de la clase y al día siguiente el profesor puso las cosas en su sitio. O eso dijo él. «Voy a poner las cosas en su sitio». Pero no lo hizo. Porque liberó de culpa a la alumna inocente, alabó la honradez de la culpable al confesar su delito, pero inexplicablemente no se excusó. Al contrario. Dijo: «Ratifico, que se entienda bien. No rectifico». Pero... ¿si se había equivocado! ¿Qué era lo que *ratificaba* y por qué no *rectificaba*? Ahí estaba. El instituto sería en muchos aspectos más libre que un colegio, pero en otros se parecía bastante. Como si un camino secreto los uniera. El camino del absurdo. Paciencia.

El centro, como casi todos los de entonces, no era mixto. Yo tenía ganas de enamorarme, de alguien mayor a ser posible, de modo que me dediqué a observar a los profesores y no perderme detalle de sus manías. El terco de Geografía —el que se hizo un lío con *rectifico* y *ratifico*—, a pesar de parecerme interesante y algo misterioso, dejó de ser candidato a los pocos días. Los demás eran más serios aún que mi padre. El de Filosofía, encima, tenía la cintura casi en el cuello. Usaba tirantes y, cuando por descuido se le abría la americana, parecía que vistiera un overol o un pichi. El de Latín era un cura y el de Griego me daba miedo. Estaba a punto ya de desistir cuando una tarde la profesora de Francés se puso enferma y apareció un ayudante que no conocíamos. Era joven, usaba gafas, tenía las cejas más pobladas y oscuras que hubiera visto nunca y se llamaba Martínez. No sabíamos nada de él, pero cuando se presentó —«Mi nombre», dijo, «es Jean Martínez»—, noté un cosquilleo en el estómago y cerré los ojos. ¡Qué bonito me pareció su acento! *Magtinés. Monsieur Magtinés.* No importaba que no fuera especialmente guapo, más bien del montón, tirando a feo. Pero aquella voz era como un bálsamo.

Cuando abrí los ojos, Martínez, adelantándose a nuestras preguntas, estaba explicándonos por qué, a pesar de llamarse Martínez, hablaba con aquel acusado acento francés. «Por algo muy sencillo», dijo sonriendo. «Mi familia se fue a vivir al otro lado de los Pirineos cuando yo contaba dos años». De modo que era español de origen y francés de formación. Y ya no dijo más. De su vida, por lo menos. Enseguida empezó a pasar lista y nuestros nombres, en su boca, sonaban suaves, distintos, tanto, que me puse a pensar en lo bonito que hubiera sido que su historia fuera la mía. Es decir, que a mí también me hubieran llevado a Francia de muy pequeña y que, ahora, al regresar, hablara español como Jean *Magtines*. «¡Sí!», dije cuando me llegó el turno poniéndome enérgicamente en pie. «¡Sí!», repetí para asegurarme de que me había oído. Y no sé si fue, una vez más, por esa forma tan agradable de decir las cosas que seguí así, de pie, feliz, embobada, ausente, seguramente más tiempo del razonable, hasta que la compañera de la derecha, que acababa de gritar «¡Presente!», me dio un codazo para que me sentara. Era Clementina Ferrara. Y Clementina Ferrara aquel día —el mismo en que decidí enamorarme de Jean Martínez— acababa de salvarme del ridículo. O eso creí entonces.

El aula estaba dividida en dos por un pasillo y a cada lado las alumnas ocupábamos varias filas de largas mesas que llegaban hasta la pared. Los puestos se repartían por orden alfabético. A mi izquierda se sentaba Ana Fabra Casademont, de la que solo recuerdo nombre y apellidos, a mi derecha Clementina Ferrara Pons. No podría decirse que Clementina y yo fuéramos amigas. Todavía no. Compañeras sí. Y buenas compañeras. Sobre todo ella, porque Clementina —a la que muy pronto llamaría Clemens— era una buena estudiante y sacaba las mejores notas de toda la clase. De eso me enteré enseguida, nada más llegar. Mi compañera de mesa llevaba un montón de años en el instituto. Desde primero, creo recordar. El caso es que todos, profesores y alumnas, la conocían. Y lo que era mejor: la respetaban. En mi antiguo colegio, seguramente, las cosas no hubieran sido así. En mi antiguo colegio —tal vez en muchos—, igualadas en apariencia por el tedioso uniforme, había algo que irreversiblemente nos distinguía. Quiénes eran nuestros padres, a qué se dedicaban y, sobre todo, si pagábamos puntualmente o no. Eso era lo importante. Creo que la mayoría estábamos en el primer supuesto, pero nunca lograré olvidar a las

pocas —muy pocas— que habían sido acogidas por un trato de favor. No me atrevería a hablar de becas —en aquella época no conocía la palabra—, más bien de beneficencia. Las monjas no las señalaban, pero era fácil detectarlas. Estudiaban como locas, no armaban jaleo en clase y si alguna vez se permitían una salida de tono eran amenazadas de inmediato con... ¿Cuáles eran las palabras? No las recuerdo bien, pero quedaba más que claro que ellas y nosotras no estábamos en el mismo barco. Aunque todas vistiéramos igual. De uniforme.

En el instituto, en cambio, cada una vestía como quería o como podía. Pero Clementina tenía algo muy especial. La facultad para combinar lo incombible. Faldas a rayas, jerséis a cuadros, pañuelo a topos... Me fijé el primer día. Y también en que esa chica que ocupaba el asiento de mi derecha y de la que todavía no sabía el nombre era enorme. No exactamente gruesa. Mucho más que eso. Voluminosa. Desproporcionada. Gigantesca... Tampoco supe nunca a qué se dedicaba su padre. Es más, creo recordar que no tenía padre. Y que su madre no compartía su gran amor por el estudio y la fastidiaba. Eso sí lo recuerdo bien. Clementina, cada tarde, cogía el tren con destino a un pueblo cercano. En primavera estudiaba en el balcón. En invierno, sentada a una mesa camilla, tenía que ponerse algodones en los oídos. Su madre no estaba dispuesta a renunciar al consultorio Francis de todos los días. Me lo contó más de una vez. Sin quejarse, como algo normal e inevitable. Pero eso fue cuando yo empecé a llamarla Clemens porque me pareció mucho más interesante que Clementina. Y ya éramos amigas. Muy amigas.

Solo nos veíamos en el instituto. Nunca fuera ni tampoco los domingos. Alguna vez habíamos hablado de ir al cine, pero ella no podía. Cada tarde a la misma hora tenía que coger el tren para volver a su casa. Nuestra amistad tuvo, pues, un único escenario. Las aulas, el recreo, los pasillos... Como si empezara y acabara en la verja que daba a la calle. Y tal vez fue por eso, por el hecho de vivir en un terreno acotado, sin más exteriores que el jardín del propio instituto, por lo que nunca se produjo entre nosotras el menor motivo de fricción. A las dos nos gustaba la señorita Munts, a las dos nos intimidaba el profesor de Griego y las dos, en fin, bebíamos los vientos por el recién llegado Jean Martínez. «Beber los vientos», sí. El significado de esta expresión nos lo acababa de contar la

señorita Munts tras leer en voz alta un texto de Valle-Inclán. Beber los vientos... Clemens y yo nos miramos como las cómplices que éramos. Nada de enamoradas, fascinadas o atontolinadas... Nosotras —las dos— bebíamos los vientos por J. M. Nuestro *Magtinés* secreto. Y si algún día *Magtinés*, a pesar de la diferencia de edad, se fijara en una de nosotras, la otra lo comprendería, tiraría la toalla, se lo sacaría de la cabeza y dejaría de beber los vientos. Por algo éramos amigas. Muy amigas.

Aquel día —el día de Valle-Inclán—, las dos comentamos el texto con auténtica inspiración. Con «conocimiento de causa», como diríamos luego. Y lo hicimos por lo visto tan bien que la señorita Munts no tuvo más remedio que felicitarnos. Nos nombró en voz alta y dijo exactamente: «Hoy no ha habido jaque mate. Pero sí tablas. Las dos merecerían una medalla». A la señorita Munts le fascinaba el ajedrez. Se inventaba partidas con oponentes invisibles en cuanto nos ocupaba en algún comentario de texto y tenía un cuaderno lleno de tableros y siluetas de piezas de distinto tamaño. Su lenguaje y sus valoraciones eran también los de una ajedrecista. Nos reñía si nos enrocábamos, nos rogaba que no nos ahogáramos y en la vida se podía hacer todo menos «mover pieza fuera de tu tiempo». Ella y *Magtinés* eran lo mejor de nuestro curso. Un día, al término de las clases, vimos que cruzaban la verja juntos conversando animadamente. Clemens y yo nos miramos angustiadas. ¿Habría algo entre ellos?

—Imposible —dijo enseguida mi amiga—. Jean tiene veintipocos años y la señorita Munts por lo menos treinta.

Aquello me tranquilizó. Aunque fuera completamente absurdo. Y no se me ocurrió entonces que si una relación entre un hombre de veintipocos y una mujer de treinta era imposible, más lo sería aún entre Jean, nuestro profesor, y nosotras, unas quinceañeras. Pero así pasaban los días. Uno tras otro. Fantaseando a solas. A veces en voz alta; a menudo en silencio. Me refiero a que, a pesar de ser tan amigas, siempre nos guardábamos la parte más interesante de nuestros sueños. Yo lo hacía y estoy segura de que Clemens también. Tan segura como que aquella lejana mañana en que *Magtinés* pasó lista por primera vez y yo me quedé embobada, el codazo que me propinó entonces no iba encaminado a salvarme del ridículo. Ahora lo sabía. Clemens quiso simplemente darse a conocer. Responder a

la llamada cuanto antes, ponerse en pie y disfrutar del regalado momento en el que ella y solo ella —aunque fuera únicamente por orden alfabético— se convertía en *alguien* a los ojos del recién llegado. Y yo, su desconocida compañera de mesa, no hacía otra cosa que retrasar el instante, el delicioso instante. Sin mala fe, desde luego. Tampoco en ella se podría hablar de mala fe. O de mala idea.

No, no teníamos mala fe ni mala idea ni nada que se le pareciera. Pero éramos rivales (contrincantes, que diría la señorita Munts) y eso nos obligaba a traicionarnos en secreto. Clemens, para empezar, se aficionó de pronto a la poesía. Devoraba poemas en francés, los traducía con ayuda de un diccionario y al término de la clase se los enseñaba a Jean. No era un juego limpio. Sobre todo porque, a partir de entonces, nuestro profesor y ella tuvieron muchas cosas de que hablar. Correcciones, sugerencias, felicitaciones... Y orgullo. Martínez tenía que sentirse a la fuerza halagado ante la repentina pasión poética de su alumna. Una pasión que, *precisamente*, se desarrollaba en francés, el idioma que él intentaba enseñarnos. No tuve más remedio que contraatacar. Y lo hice de una forma que ahora me parece ingenua pero, a su manera, resultó efectiva. Confeccioné un cabestrillo con un pañuelo rojo e inmovilicé mi brazo izquierdo, como si hubiera sufrido un accidente. Y me lo creí. Había sufrido un accidente. A todas mis compañeras expliqué los detalles del terrible accidente. Sobre todo a Clemens. Y logré el momento de atención. O lo provoqué, da lo mismo. «¿Qué le ha pasado?», preguntó Martínez cuando con expresión de dolor entraba yo en el aula. «Un accidente». Y después, tras relatar una vez más los pormenores del percance, me interrumpí de golpe y abrí y cerré los ojos como si me sintiera perdida o asustada. «Me estoy mareando...», murmuré. «No sé lo que...». Y ahí sí. Ahí logré lo que nunca conseguiría Clemens con sus poemas. Jean me cogió del brazo derecho, yo me recosté en su hombro y juntos salimos de la clase.

Durante muchos días el recuerdo de ese instante me hizo sentir la chica más feliz del mundo. Y la más lista. Después de todo, lo de Clemens había sido táctica; lo mío, estrategia. «Táctica es lo que se hace cuando hay algo que hacer; estrategia es lo que se hace cuando no hay nada que hacer». De nuevo la señorita Munts (citando a alguno de sus ídolos del tablero) y

acertada, como siempre. Más que acertada. Pero el éxito rotundo que acababa de cosechar, aparte de acrecentar mis fantasías, no tuvo continuación alguna. Pronto la titular de francés, repuesta de sus dolencias, recuperó su puesto, las clases se volvieron grises y aburridas, Clemens dejó de traducir poemas y el acento de *Magtínés* se fue haciendo lejano. Hasta desaparecer por completo. ¿Qué había sido de nuestro profesor? A las pocas semanas ya ni nos lo preguntamos.

Poco a poco, sin nadie a quien conquistar ni nadie con quien competir, la vida en el instituto empezó a hacerme casi tan monótona como la del colegio. Ya no me parecía fascinante vestir o peinarme a mi gusto, ni tampoco me importaba tanto esa verdad a medias de que nadie iba a ir detrás de mí dándome la tabarra. Tenía ganas de que acabara el curso. De una vez. De que ya fuera verano. O, por lo menos, de que la semana pasara rápido y llegara el domingo. Porque el domingo era el mejor día de la semana. El único que valía la pena recordar. Muchos domingos por la tarde iba a fiestas a casa de alguna compañera. Poníamos discos, conocía a chicos, bailábamos y el lunes por la mañana se lo contaba a Clemens. Ella me escuchaba con atención. No había ido nunca a una fiesta ni se atrevía a soñar con que su madre le diera permiso algún día. «Como vivo fuera...», decía, e invariablemente se encogía de hombros. Yo desviaba la mirada. Su madre —la de la mesa camilla, la del consultorio Francis, la enemiga de los estudios y, por lo visto, también de las fiestas— me parecía un monstruo. Pero nunca me atreví a decírselo o ella, con sus interrupciones, no me dio ocasión. Porque Clemens quería saberlo todo sobre mis domingos por la tarde. «¿De qué se habla en las fiestas?», me preguntó un día.

Recuerdo perfectamente su pregunta por lo que le contesté: «De todo... Y de nada». Una respuesta que me salió de golpe, casi sin pensar, y que en aquel instante me pareció brillante y acertada. Pero lo recuerdo sobre todo por lo que callé. O tal vez por cómo disfracé cierta evidencia engañándome a mí misma. «Pobre Clemens, tan lista para unas cosas y tan negada para otras...» Sí, eso pensé: «Pobre Clemens». Y seguramente lo repetí en voz alta y me quedé tan fresca. Pero ahora sé que el adjetivo me

delató. No era una forma de hablar ni un inocente comodín sin demasiado sentido. Algo había pasado por mi cabeza. Rápido como un rayo, mezclado con frases a media voz, con risas, con la música del pick-up, con los bailes llenos de incómodos silencios, con faldas plisadas y jerséis de angorina, con ganas de crecer, de enamorarme y, sobre todo, de que acabara el curso. Algo, decía, a lo que no quería dar la menor importancia, pero que sin embargo estaba allí, en un descanso entre disco y disco, tal vez el último domingo o quizás el otro, algo que no podía ser más que una tontería o, a lo sumo, una broma dirigida únicamente contra mí. Por acaparar la atención, por meterme donde nadie me llamaba. Porque así fue. Una tontería. Había oído de pasada el nombre de Clementina (solo yo la llamaba Clemens) y, estúpidamente, decidí intervenir, aportar un dato que nadie más que yo conociera, dejar clara mi posición de gran amiga: «Nunca ha estado en una fiesta, ¿sabéis? ¡Su madre no la deja!». Eso fue lo que dije. Nada más. Y añadí: «¡Pobre!». Pero en lugar del esperado rechazo hacia la madre solo vi estupor en la cara de mis compañeras. «Aunque la dejara», comentó una de ellas meneando la cabeza, «los domingos Clementina no puede salir. Está demasiado ocupada...». En este punto todas se pusieron a reír. Yo no entendí el chiste. Me encogí de hombros y les pregunté con la mirada.

—No nos digas que *a ti* no te hace los deberes...

Y lo olvidé. Lo borré. Resolví que aquel comentario no tenía la menor importancia. Y logré, como una estúpida, empezar por engañarme a mí misma.

Acabó el curso. Clemens, como de costumbre, sacó las mejores notas de la clase. Pensé con tristeza en su vuelta a casa al caer la tarde. Ella mostrando orgullosa el boletín de puntuaciones y su madre-enemiga pegada a la radio, asintiendo distraída, despachándola con un desvaído «Luego. Ahora no», para regresar cuanto antes junto a su divinidad: la grandiosa Francis. Pero aquel día, el último del curso, disponíamos de algunas horas de libertad hasta que saliera el tren que la llevaba a su pueblo. Y se me ocurrió. Podíamos pasar antes por mi casa y merendar. Sería la primera vez que hiciéramos algo juntas fuera del instituto. A ella le encantó la idea.

Y a mí me gustó verla tan feliz. Cruzamos el jardín, nos despedimos de algunas compañeras, a Clemens se le cayó la cartera por lo menos tres veces. Por los nervios, pensé. Nunca la había visto tan radiante, ni siquiera en los tiempos en que un olvidado *Magtinés* la felicitaba por sus poemas. ¡Aquellos tiempos! A medida que nos acercábamos a la verja parecía como si hubiera transcurrido un montón de años desde que pisara por primera vez el jardín vestida con falda escocesa y el suéter Vitos que le había cogido a mi hermana. Y sin embargo allí estaba todo. La señorita Munts, el terco de Geografía, el cura de Latín, el profesor de Griego que me daba miedo, *Magtinés*, con sus cejas pobladas y su dulce acento, nuestra rivalidad, nuestros sueños, mi amistad con Clemens... No, todo no. Mientras el curso entero se quedaba allí, cerrándose sobre sí mismo, mi relación con Clemens iba a traspasar la reja conmigo. En aquel mismo instante. Por algo éramos amigas... ¿Muy amigas?

Lo habíamos sido. Puedo jurarlo. Pero algún poder secreto tenía la reja que iba más allá de dividir terrenos. El instituto y su jardín, por una parte; las calles, la ciudad, por la otra. Un exterior que me era familiar —¿cómo no iba a serlo?—, pero que aquel día se me presentó desnudo, amenazador, maligno. Abandonábamos la tranquilidad de lo conocido y entrábamos en una zona extraña regida por distintos códigos, diferentes normas. Nunca había pensado en eso. La calle para mí era la libertad. Pero no aquel día. Y me fijé en Clemens. Tampoco ella me pareció la misma. Andaba unos pasos detrás de mí, balanceando la cartera como una niña. Feliz. Seguía sintiéndose feliz. Pero, por primera vez, la vi como la veían *ellas*. Las compañeras, las amigas de las fiestas de todos los domingos, las estúpidas que rompieron a reír cuando mencioné su nombre. Las que daban por supuesto que mi amistad con Clemens no tenía otra razón que el interés. Como el suyo. La obligación no escrita de que Clementina (solo yo la llamaba Clemens) resolviera sus deberes y trabajos. Tal vez había sido así desde el primer curso. Una esclavitud continuada, mantenida por una intimidación silenciosa. Porque ¿quién era Clementina? La primera de la clase, la que sabía más de todas nosotras, la única capaz de desenvolverse en cualquier materia sin esfuerzo. Pero también un fardo, un cuerpo amorfo, una obesa mórbida que, en la calle, para quien no conociera su caudal de sabiduría, suscitaba algo de pena, de estupor o de risa. Y aunque

odié con todas mis fuerzas a las abusadoras del curso —de cualquiera de los cursos por los que hubiera pasado Clementina—, yo no me sentí mejor que ellas. Era cierto que jamás me había aprovechado de mi amiga, pero cierto también que de repente me horrorizó la idea de llevarla a casa. Me avergoncé. Imaginé la cara del portero, la sorpresa de mi madre, las preguntas, malévolas o no, que me haría después mi hermana: «¿Es *esta* tu mejor amiga?». E improvisé. Dije lo primero que me vino a la cabeza. Me detuve en seco (estábamos aún a pocos metros del instituto), me llevé una mano a la sien como si de repente recordara algo y ahí acabó todo. En cuestión de segundos. «Mi padre... Hoy es el cumpleaños de mi padre. ¿Cómo he podido olvidarme?». Ella me miró sin entender. Con la misma expresión inocente con la que preguntó un día: «¿De qué se habla en las fiestas?». Pero no hizo falta que yo siguiera inventando excusas. Casi enseguida una nube de tristeza cruzó su mirada. De tristeza sí, pero no de asombro. Una media sonrisa y un ligero cabeceo me indicaron a las claras que no había nada más que añadir. Ella *sabía*. O por lo menos en aquel mismo instante *supo*. Yo no era mejor que las otras. Las abusadoras tácitas, las amigas de las fiestas. Yo era una tontaza como ellas. Y ella, Clemens, una estúpida aún mayor por haberse hecho ilusiones sobre mi amistad. Duelo de idiotas o ingenuas. «¡Tablas!», que diría la señorita Munts. Pero ni siquiera el peculiar empate en estulticia me iba a dejar tranquila durante todo el verano. Esperé con ansiedad la llegada del nuevo curso para hacerme perdonar y retomar mi relación con Clemens. Pero la que había sido mi gran amiga no regresó. Tal vez mi actitud la llevó a cambiar de centro; tal vez su madre consideró que el periodo de estudios había cumplido ya sobradamente su función. En todo caso ahí quedó para siempre una frase suspendida en el aire. Esa mezcla de ternura e inocencia desafiando al tiempo y preguntando: «¿De qué se habla en las fiestas?».

Imposible reencontrarla o modificar el pasado. Ni siquiera intercambiamos nuestras direcciones aquel último día en la calle, ni se me ocurrió entonces, al despedirme, llamarla como siempre Clemens sino Clementina. Pero sí recordé por última vez a la señorita Munts y sus citas implacables: «En la vida, a diferencia del juego, todo continúa tras el jaque mate». Y mientras yo avanzaba con paso firme hacia mi casa, ella

permaneció allí, clavada en el asfalto, inmóvil, en silencio. Como un peón solitario abandonado a su suerte en un inmenso tablero de ajedrez.

Momonio

Hubo un tiempo en que casi todo estaba prohibido. Un tiempo que no puedo olvidar. Porque, en aquel tiempo en que casi todo estaba prohibido y no puedo olvidar, éramos amigos, estudiábamos Primero de Derecho, hablábamos por los codos, no parábamos de fumar ni de beber y cualquier ocasión nos parecía idónea para despotricar contra el orden establecido. Ninguno de los cinco sabía aún qué es lo que quería hacer con su vida, pero sí teníamos muy claro lo que no haríamos por nada del mundo. No íbamos a parecernos a nuestros padres, ni a tener casas convencionales o domicilios fijos, ni a ahorrar para la posteridad ni a casarnos, ni menos aún —aunque en este punto Laura no se mostraba demasiado convencida— a perder nuestro valiosísimo tiempo criando hijos. Estábamos a gusto juntos, eso sí era cierto. Y el planeta al completo se nos ofrecía como un hogar gigante repleto de llamadas cuyo principal cometido era aguardarnos. Pero entonces, si teníamos vocación de nómadas..., ¿qué hacíamos anclados en Barcelona estudiando Derecho?

—Estudiamos Derecho porque estaba escrito —sentenció un día Pablo—. En algún lugar teníamos que encontrarnos.

Pablo me gustaba. Me gustaba mucho. Pero jamás, en aquel tiempo, me hubiera atrevido a reconocerlo. La amistad, para los cinco, estaba muy por encima de cualquier otro sentimiento. Nos reíamos —o eso decíamos— del amor, despreciábamos a las parejas y nuestro mayor orgullo éramos precisamente nosotros mismos. Así de claro. Nosotros. Y, a cientos de kilómetros, ellos, los demás. Porque, aunque no fuéramos del todo conscientes, algo tenía nuestra relación de círculo hermético que imponía distancias insalvables. No pasábamos desapercibidos, desde luego, y tal vez, incluso, se nos admiraba. Pero nadie se atrevía a romper el cerco sin sentirse un intruso. Así era o así fue durante todo el curso.

Pablo, hijo y nieto de diplomáticos, había nacido en Singapur, dato que, a mis ojos, le confería un aura más que especial. Hablaba cinco idiomas y conocía un montón de países. De todos nosotros, además, era el único que no se había educado en un colegio religioso, sino en escuelas

internacionales, con alumnos que, como él, estaban siempre de paso, a remolque de los destinos de sus familias. Eso, en aquellos tiempos de uniformidad obligada, nos parecía un lujo. Y le envidiábamos. Las escuelas, por supuesto, eran laicas y las procedencias de sus compañeros de lo más variado. De ahí que los credos de cada uno dejaran de ser una cuestión de fe para convertirse en simple definición cultural. Recuerdo como si fuera ayer el día en que nos habló de estas cosas y la atención con que Alonso —ateo recalcitrante— acogió todas y cada una de sus palabras. Habíamos hecho un pequeño recorrido por los colores de un mapamundi y acabábamos de detenernos en Egipto. Pablo vivió en El Cairo cuatro años, de los doce a los dieciséis, y ya en los primeros días de escuela, a la pregunta de un profesor, se definió como *massihi*.

—O sea que te confesaste católico —dijo Alonso arqueando las cejas.

—¿«Confesaste»? Eso sí es católico... Pues no, yo no me presenté como *kazolikí* sino sencillamente como *massihi*. Es decir, cristiano. Lo mismo que los luteranos, evangelistas u ortodoxos. Las precisiones, si a alguien le interesaban, vendrían luego. E igual pasaba con los musulmanes. Uno, en principio, era *muslim* a secas. Sin necesidad de apellidos. O con cualquier otra religión del mundo... Una definición cultural. Nada más ni nada menos.

—Yo me hubiera declarado ateo —siguió Alonso.

—... Y no habrías aportado el menor dato acerca de tus orígenes o tu entorno.

Alonso se encogió de hombros. También lo recuerdo como si fuera ayer, un gesto displicente que no dejaba la menor duda de lo que significaba: «Cuestión de principios». Y también: «¿Por qué debería aportarles datos sobre mis orígenes o mi entorno?». En realidad nunca he olvidado un solo día de aquel primer curso en que los cinco nos habíamos convertido en inseparables. Laura con su cara de cría y una curiosa mezcla de inocencia y descarado; Alonso, el más dogmático del grupo, un estudiante privilegiado a quien se auguraba un futuro prometedor; Damián, el amigo reservado y sensible, el hermano que cualquiera hubiera deseado tener; Pablo, la estrella, el ciudadano del mundo nacido en Singapur que siempre tenía algo que contar y a quien todos admirábamos —o amábamos— en secreto. Y yo. El círculo se cerraba conmigo, pero de mí no hace falta decir

demasiado. Era feliz. Lo más feliz que haya podido sentirme en toda la vida. Y en mi ingenuidad creía que así iba a ser curso tras curso. Hasta el día aciago en que apareció *el Otro*... Y ni Laura, Pablo, Damián, Alonso o yo misma pudimos hacer nada para remediarlo.

Y, sin embargo, aquella tarde no pudo empezar mejor. Era agosto, habíamos aprobado los exámenes, hacía ya varias semanas que las familias se encontraban fuera, instaladas en la playa o en la montaña, y Laura y yo, a falta de una excusa mejor para no acompañarlas, nos inventamos un cursillo de Derecho Comparado y nos quedamos en Barcelona. Yo, según dije a mis padres, en casa de Laura. Laura prometió a los suyos que se instalaría en la mía. Ellos, los chicos, no tuvieron siquiera que inventarse nada. Y con toda una ciudad a nuestros pies, libres de horarios o de ataduras, nos disponíamos a apurar la independencia que nos brindaba aquel verano. El primero desde que nos conocimos. O, como anoté en mi diario: «Nuestro primer verano».

Damián, esa tarde, nos había invitado a su casa. Vivía en un ático enorme en la parte alta de la ciudad y solo, sin presencias molestas ni incómodas autoridades, rey absoluto de su vivienda, se le veía radiante en el improvisado papel de anfitrión. «Territorio libre», anunció en el momento de abrir la puerta. Y así nos sentimos al entrar. ¡Libres! Podíamos fumar, beber hasta caer redondos, olvidarnos del reloj y regresar a casa sin tener que mentir o disimular nuestro estado. Podíamos también quedarnos a dormir, desperdigados por el piso, en el lugar que más nos gustara. Podíamos, en definitiva, hacer lo que nos viniera en gana. O incluso atrincherarnos y no salir en toda la semana.

Damián iba mostrándonos las dependencias de la casa como si se tratara del agente de una inmobiliaria y nosotros de unos clientes dispuestos a adquirirla. Recorrimos cocina, *office*, comedor, los cuartos de los hermanos, el suyo, abarrotado de fotos y trofeos conseguidos en competiciones de natación. De ahí pasamos al ampuloso despacho del padre, a la magnífica terraza abierta a tres vientos, al dormitorio principal... Pablo no pudo reprimir un silbido de admiración. Estábamos

ante la cama más grande que habíamos visto en la vida. La cama, en sí, era toda una habitación.

—Absurdo, ¿verdad? —dijo Damián—. Lo que hay que hacer para guardar las apariencias. Siguen durmiendo juntos..., aunque se detesten.

Luego señaló el enorme crucifijo que presidía la pared.

—Definición cultural —añadió muy serio.

Nos echamos a reír. Pablo, casi enseguida, se lanzó sobre la colcha como quien se tira a una piscina. Dio un par de volteretas, puso a prueba la elasticidad del colchón, se dejó caer al fin cuan largo era con los ojos fijos en el techo y estiró brazos y piernas. Por un momento se convirtió en una equis. Luego movió las extremidades como las aspas de un molino perezoso. Muy despacio. Pensé en Leonardo, en su hombre de Vitruvio, y me avergoncé al instante. Pero no podía dejar de mirarle.

—Podríamos dormir los cinco y aún quedaría espacio —dijo.

Nadie añadió nada. Sentí un estremecimiento. Una corriente poderosa que nos unía y hermanaba. Una energía que partía de Pablo, seguía con Damián, alcanzaba a Alonso y finalmente nos atrapaba a Laura y a mí. Supe entonces que aquella velada iba a ser distinta de las que podíamos haber vivido hasta entonces. Y, tal vez, todo estuvo ahí. En la visión repentina de cómo podía acabar la noche, la culminación de nuestra amistad en aquel lecho descomunal, el placer y el deseo que de pronto me embargaban y que podía ver reflejados en los ojos de los otros, unas emociones tan intensas que no supe encauzar o silenciar. Y fue mi voz la que torpemente se encargó de romper la química del instante.

—Continuemos con la visita —dije casi sin darme cuenta.

Ya estaba hecho. Ojalá hubiera callado y quizás las cosas habrían tomado el camino que a la vez ansiaba y temía. Ojalá nos hubiéramos revolcado en el lecho dando rienda suelta al deseo y a la pasión. Ojalá los cinco inseparables hubiéramos sellado la Gran Amistad en aquel mismo instante. Pero mi voz había dicho: «Sigamos». Y, roto el embrujo, no nos quedó ya más que instalarnos en la terraza, dar buena cuenta de vinos, cervezas, ron o cualquiera de los combinados que Damián preparaba sin tregua, para al fin, cuando acababa de caer la noche y la fatiga empezaba a manifestarse en algunos rostros, escuchar la propuesta eufórica de Pablo. Un juego nuevo. Una ocurrencia. Un desafío.

—¿Por qué no invocamos a alguna entidad poderosa?

—¿Una entidad? —preguntó Laura divertida—. ¿A qué o a quién te refieres?

Pablo se sirvió una copa de ron y la apuró de un trago.

—*Al Otro* —dijo sonriente.

Alonso fue el primero en entender de qué iba el juego.

—Si no creo en Uno... —dijo entre carcajadas—, ¿cómo pretendes que crea en... *el Otro*?

¿O no era un juego? Pablo parecía orgulloso de su propuesta. Damián le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Lo has hecho ya antes? Quiero decir si has *jugado* alguna vez a... *eso*, en cualquiera de tus países.

Pablo negó con la cabeza.

—Bueno —siguió Damián encogiéndose de hombros—. Un rezo al revés. La imagen invertida en el espejo.

Pero tampoco él me pareció demasiado convencido. Laura, en cambio, se había mostrado entusiasmada desde el primer momento.

—¡Genial! Cuando queráis, estoy dispuesta.

¿Era un juego? ¿Una broma? ¿O tan solo el inicio de una conversación intrascendente como tantas otras? Habíamos bebido demasiado y hacía mucho calor. Me levanté, fui al baño, dejé que el chorro del grifo empapara mi cabello, entré en la cocina y regresé a la terraza con una jarra de agua helada. No me apetecía jugar a *eso*, fuera lo que fuera.

—*Momonio* —decía en aquel momento Laura con voz de niña.

Los tres la miraban arrobados. Me pregunté de qué estarían hablando.

—Mejor aún. —Pablo acababa de tomar a Laura por los hombros—. Tu pasado nos puede resultar de gran ayuda.

¿El *pasado* de Laura? No me había ausentado más de unos minutos y se diría que habían transcurrido diez años. Con la jarra en la mano y el cabello chorreando esperé a que repararan en mí. No lo hicieron.

—¿En qué estamos ahora? —pregunté al fin.

—En lo de antes. —Pablo seguía pendiente de Laura—. Con una deliciosa novedad. Nuestra amiga, de pequeña, jugaba con... *el Otro*.

Pero no era cierto. Enseguida nos enteramos de que no era del todo cierto. Laura se apresuró a dejar claro que ella jamás había jugado con *el Otro*. Ni siquiera se le había ocurrido que pudiera llamarse así. Lo repitió una, dos, hasta tres veces... Le ofrecí un vaso de agua fresca.

—Cosas de críos —dijo mirándome—. ¿No te he contado alguna vez que a mí, de pequeña, me costaba hablar y que tardé más de lo normal en pronunciar correctamente las palabras? Te lo he contado, ¿verdad?

Me encogí de hombros, pero terminé asintiendo. Claro que sí. Laura tenía por costumbre repetir las cosas hasta la saciedad. Y me lo había contado, desde luego. A mí y a todos. Como también que de pequeña era imposible darle miedo. Y a continuación venía la lista de algunas mujeres malvadas que habían fracasado en el intento. Monjas, niñeras, una de sus tías en especial. Tía Laura... Se llamaba como ella. Laura. Y tal vez por esa razón nunca le había gustado demasiado su nombre. Desde pequeña. Desde aquellos tiempos en que a los niños se nos amenazaba con terribles presencias o se nos castigaba por cualquier motivo. Los recuerdo muy bien. Pero nunca tuve el arte de nuestra amiga para conjurar peligros. Los monstruos, las brujas, los lobos, cualquier personaje terrorífico se convertía al instante, en su lengua de trapo, en un apelativo cariñoso, un ser inofensivo, un nuevo compañero de juegos. Sabía (porque me lo había contado infinidad de veces) de su facilidad para transformar lo extraordinario en lo más natural del mundo. Los diminutivos, en primer lugar. No hay nada que desdramatice más una amenaza que un diminutivo. Y al mismo tiempo esa incapacidad tan suya para conseguir una pronunciación correcta. Hasta la propia tía Laura —la odiosa tía Laura— tuvo que rendirse a la evidencia. Un día Laura-niña no quería irse a dormir y Laura-tía (anécdota que, cosa rara, conocía ahora por primera vez) la había amenazado con el Infierno, con el Fuego Eterno, con el Demonio... Pero todo terminó cuando Laura-niña repitió: *Momonio*. Hasta a su tía le hizo gracia el nombre. Y *Momonio* fue, desde entonces, el compañero de juegos de nuestra amiga Laura. Incluso bautizó así a uno de sus muñecos. El preferido. *Momonio*.

No me era difícil recrear a Laura, de pequeña, jugando a vestir y desvestir muñecos, hablando con ellos, mimándolos, anteponiendo, sin la menor vacilación, su silenciosa compañía a la de cualquier otra criatura de

su edad. Como tampoco imaginarla dentro de unos años comportándose exactamente igual con niños de carne y hueso. Porque, aunque intentara disimularlo para no enfrentarse al grupo, estaba más que cantado que Laura quería ser madre y repetir con sus hijos la feliz *relación* que había establecido con los muñecos. Así era ella. Deseando que el futuro reviviera el pasado. Recorriendo el presente con unos ojos enormes color miel en los que asomaba un brillo infantil, inocente o desdeñoso, según el día. Desconcertante siempre. Como si dentro de esa encantadora chica de dieciocho años se encontrara agazapada una criatura que se hubiera negado a crecer y que, a ratos, exigiera sus derechos. Jugar y jugar; no dejar nunca de jugar. Laura, pues, era todavía esa niña, inocente y a la vez avasalladora. Capaz de entusiasmarse con cualquier novedad, con una simple propuesta de juego, con el consabido riesgo que implica una travesura. Y era ese entusiasmo, precisamente, el que en estos momentos le hacía ponerse en pie y proclamar con una rotundidad que no admitía discusión:

—¡*El Otro!* ¡Tenemos que recibirle como merece! ¡Invitarle con toda ceremonia!

No nos dio tiempo a decir nada. Laura, enseguida, sin la menor transición aunque con idéntico entusiasmo, pasó a citar una de sus lecturas favoritas y a su héroe en particular: Drácula. Le agradecí que, en esta ocasión, olvidara su acostumbrado: «¿Os he contado alguna vez...?».

—Drácula, uno de sus más dilectos siervos..., o quizás más que un siervo, quién sabe, Drácula, decía, nuestro querido Conde, no entra en ninguna casa si antes no ha sido invitado a hacerlo...

—Una invocación es una invitación, querida Laura.

Pablo seguía en sus trece. Orgulloso de su propuesta. Arrogante. Y, por lo que podía observar, nadie le oponía ya la menor resistencia.

—Podríamos instalarnos en el despacho de tu padre. —Más que una sugerencia parecía una orden—. Un lugar recogido.

Damián asintió sonriendo.

—Y agobiante —precisó Alonso—. Caoba, muebles mastodónticos... Nunca podría trabajar en un despacho así.

Alonso se había quedado corto. Y yo todavía más al contentarme, cuando recorrimos la casa, con calificarlo de «ampuloso». Ahora, al entrar por segunda vez, la primera palabra que me vino a la mente fue «opresivo». Olía a cerrado, era oscuro y en las paredes, repletas de orlas, diplomas, títulos y condecoraciones, no quedaban apenas espacios libres donde descansar la vista. Pero Pablo acababa de indicar: «El despacho», y a Damián, al instante, se le había iluminado la mirada. Supongo —y ya lo supuse entonces— que profanar el sanctasanctórum de su padre le producía cierto placer morboso. Y no es ya suposición sino convencimiento: nuestro amigo detestaba aquella pieza. *Su futuro*. O, mejor, el futuro que la familia, sin consultarle, le había adjudicado desde hacía años.

—Empecemos —dijo Pablo.

Nos sentamos en torno al escritorio y nos tomamos de la mano formando una rueda. Era un escritorio *importante* y todo parecía indicar que lo que pudiera ocurrir allí sería también *importante*. La última intervención de Laura recordando al conde transilvano había abierto una línea sugestiva al juego. ¿Qué otros personajes de ficción se unirían a la partida? Pensé en Mandrágora. La atractiva, malévola, destructora Mandrágora... Esa iba a ser mi aportación. Y vencidas mis primeras prevenciones, esperé a que Pablo, en su papel de maestro de ceremonias, diera el pistoletazo de salida a esa extraña partida de la que, probablemente, ni él mismo supiera demasiado. Era un naipe lanzado al azar. Un juego que todavía carecía de normas.

—¡Silencio! —ordenó cerrando los ojos—. Él está aquí. Muy cerca...

Tomó aire como si necesitara oxígeno. Varias veces. Al fin, sin dejar de jadear, añadió con voz entrecortada:

—*El Otro* nos observa...

A Laura se le escapó la risa. Damián la reprendió con la mirada. También yo a punto había estado de echarme a reír. Pero de repente empecé a sentirme mareada. Tenía frío y estaba sudando. Me maldije en silencio por haber bebido demasiado. Las caras de los amigos se aproximaban y se alejaban. Ya nadie reía. Oía sus voces como un rumor remoto. Como si alguien en la habitación de al lado se hubiera dejado la radio encendida o me encontrara en una iglesia escuchando a lo lejos unas

monótonas letanías: «¡Te invocamos!», «¡Ven!», «La puerta está abierta». Y algo sucedió entonces. Sentí un calambre que me recorría el cuerpo, una convulsión, un terrible estremecimiento; volví a sufrir un frío intenso y un calor asfixiante, y supe al instante que a los demás estaba ocurriéndoles algo parecido. Pero no se trataba ya de una corriente de afinidad, de sentimientos largo tiempo acallados que ahora despertaban en toda su potencia, del deseo compartido que horas antes habíamos experimentado en un dormitorio inmenso frente a un lecho más gigantesco todavía. Los ojos de mis amigos brillaban de forma peculiar. No les conocía esa mirada ni tampoco ahora me parecían amigos. Hice acopio de fuerzas, rompí la rueda y me puse en pie.

—No me gusta el juego —dije temblando.

Ellos tardaron un rato en reaccionar.

—... Así que tienes miedo. —La voz de Pablo había sonado fría y distante.

Pensé en el colegio, en lo que se debía y no se debía hacer, en prácticas prohibidas, en magia negra, en pesadillas infantiles, en historias aleccionadoras sobre incrédulos y fanfarrones, en los límites imprecisos entre lo que conocemos y lo que ignoramos... Pero solo dije:

—Sí. Tengo miedo.

Y me sentí la mujer más valiente del mundo.

—No te comportes como una cría, ¡quédate!

¿Fue Laura, precisamente *ella*, quien habló? ¿Fue Damián? ¿O también Alonso, en el último momento, se había unido a sus voces? No me molesté en volverme y comprobarlo. Acababa de adentrarme en el pasillo y me dirigía a la puerta de la casa con paso firme. Ya no me sentía mareada, solo orgullosa de mí misma. Pero cuando alcancé la salida, pisé el rellano, respiré hondo y cerré de un sonoro portazo, me invadió una extraña sensación. Una mezcla de liberación y presentimiento. Había hecho lo que debía; de eso no me quedaba la menor duda. Aunque, al mismo tiempo, me sentía culpable. No sabía de qué. Comprobé la puerta. Estaba cerrada y bien cerrada. Pero el peligro, si es que existía realmente, se quedaba dentro.

Al día siguiente, al despertar, todo me pareció una solemne tontería. El jueguito de Pablo, el entusiasmo de Laura, el miedo irracional que me asaltó de repente y me obligó a abandonar la casa. Combatí la resaca con una cerveza helada. Y pensé en ellos. Los supuse, como yo, reponiéndose de la noche. Pero ¿dónde estarían? ¿Durmiendo aún, cada uno en su casa? ¿O amaneciendo entumecidos y desorientados en la terraza de Damián? Me había sentado al lado del teléfono segura de que de un momento a otro recibiría una llamada. Pero pasaron las horas y el aparato no se dignó a emitir el menor sonido. Lo descolgué varias veces. El silbido me indicó que la línea gozaba de perfecta salud. A la tercera comprobación llamé yo. A Damián, a Pablo, a Laura, a Alonso... Ninguno de ellos respondió. Me preparé un bocadillo. Seguro que estarían comiendo una buena paella frente al mar. Lo hacíamos a menudo. Seguro, también, que se sentían molestos por mi actitud. De lo contrario, ¿no me habrían avisado como siempre? Pasadas unas horas volví a llamar. Sin resultado. Y esta vez sí empecé a inquietarme. Casi enseguida, cuando había decidido presentarme en sus casas y me encontraba a punto de salir, sonó el interfono. Era Laura.

—¡Déjame entrar! —oí.

—¡Claro! —respondí aliviada.

Y al pulsar el botón y escuchar primero el chirriar de la puerta al abrirse y poco después el traqueteo del ascensor, me descubrí de un humor excelente. Todo iba bien. ¡Qué imbécil había sido al preocuparme! Me eché a reír. Laura, en el más puro estilo de sus héroes transilvanos, me pedía permiso para entrar, y yo, con el manual de la perfecta víctima en la mano, se lo concedía.

—Adelante, *brucolaca* —iba a decirle.

Pero cuando llegó hasta mí me quedé sin habla. Estaba lívida como una muerta, con la cara llena de arañazos y los ojos perdidos en algo que solo ella parecía distinguir.

—¡Ayúdame! —dijo con un hilo de voz.

Y se echó a mis brazos.

Nunca más Laura volvería a preguntarme: «¿No te lo había contado ya?». Nunca más intentaría recomponer las secuencias de la noche. Aquella fue

la primera y la única vez. Pero era tanta su incoherencia, tan desacostumbrada su agitación que, por un momento, fue como si volviera sobre mis pasos, me encontrara todavía en la casa de Damián y siguiera sentada en el despacho, en torno a la mesa, frente a la pared abarrotada de diplomas, trofeos y títulos. Porque, aunque no me quedara nada claro qué es lo que pudo suceder a lo largo de esa noche, sí compartía el terror, el pánico que transmitían sus palabras y sus silencios. Y me puse a temblar. Me convertí en el doble de mi amiga en el espejo. Una imagen fiel que movía los labios mientras Laura hablaba. Mientras susurraba: «Le invitamos, ¿te acuerdas?». Mientras palidecía todavía más, apretaba mis manos hasta hacerlas sangrar y prorrumpía en un grito desesperado:

—... ¡¡¡Y acudió a la cita!!!

A partir de ese instante el relato de Laura se volvió todavía más confuso y agitado. Imposible seguir su discurso. Inútil intentar que entrara en razón o rogarle que empezara de nuevo y procediera con orden. Ni siquiera se molestaba en vocalizar. Arrojava sobre mí un aluvión de palabras inconexas y no dejaba de mirar en torno, como si alguien a quien yo no pudiese ver se encontrara asimismo allí, junto a nosotras. Pero no necesité demasiada perspicacia para reconstruir la escena tras mi huida. De nuevo el despacho, las manos enlazadas, la salmodia de sus voces, el conjuro... Y esta vez sí. Esta vez el invitado, la presencia, la entidad a quien llamaban *el Otro*, sin elementos discordantes ya en la mesa, acudía a la cita... Pero ¿lo vieron todos? ¿O solo ella?

—Sigue, por favor. ¿Qué pasó entonces?

Hacía rato que había dejado de temblar y empezaba a ver claro. Laura se encontraba de lleno bajo los efectos de una poderosa sugestión y la única manera de llegar al fondo era seguirla en su desvarío. Aunque, como ahora, mi pregunta no obtuviera respuesta. De pronto recordé sus juegos de niña. Y el nombre de su muñeco preferido. *Momonio*.

—Pero a ti, Laura —proseguí—, a ti no podía darte miedo. De alguna manera era un personaje familiar. Nos lo contaste tú misma. De pequeña...

Laura me miró como a una extraña. O a una imbécil. «¡Peor!», gritó. «¡Mucho peor!». Después, como si poco a poco fuera reconociéndome o necesitara por encima de todo que yo la entendiera, se acercó y me susurró al oído:

—A Él no le gustan las bromas. Las detesta...

Tomó aire para darse fuerzas y cerró los ojos con expresión de dolor.

—¡Y las castiga!

No logré averiguar demasiado sobre el decurso de la maldita noche, aunque sí, quizás, lo más importante. Todos vieron lo que vio o creyó ver Laura. Todos sintieron lo que sintió o creyó sentir mi amiga. Todos, en fin, participaron del pánico colectivo, del terror sin límites, del pavor e indefensión para los que, a decir de Laura, no existían palabras. Y acabaron como solo podían acabar. Luchando unos con otros por el puesto de privilegio. Por el asidero. Por la salvación. Arracimados en el lecho gigantesco abrazando el crucifijo que momentos atrás pendiera de una pared ahora desnuda. Los arañazos de Laura hablaban de la lucha. Nada, según su testimonio, comparado con los nudillos descarnados de Pablo, la nariz sangrante de Damián o los dedos fracturados de Alonso. Y logró con su relato que yo también estuviera allí. Fue como si en un sueño infantil desafiara la gravedad y, suspendida del techo, contemplara una patética formación. Cuatro jóvenes desesperados sobre un mullido y gigantesco lecho aferrados a un enorme crucifijo. Como una araña de dieciséis patas. Una bestia palpitante y herida. Mis amigos... Y de todos ellos, Pablo, el arrogante, y Alonso, el descreído, eran los que con más fuerza se abrazaban al crucifijo.

Durante años he intentado desterrar la imagen. Dejarme de memorias ajenas y volver al dormitorio principal tal como yo lo recordaba. La cama gigantesca, mis ensoñaciones o las palabras de Damián señalando el crucifijo: «Definición cultural». Sí, he intentado volver a colgar la cruz en la pared, recuperar las risas compartidas y cerrar de un carpetazo aquel nefasto inicio de verano que no iba a ser *nuestro primer verano*, como con tanta ingenuidad creía entonces, sino tan solo el único. Pero la tarde sigue ahí. Impresa en la memoria. Porque aquella fue la última ocasión en que estuvimos los cinco juntos. Cinco amigos que se juzgaban especiales y no eran más que unos ilusos o unos engreídos. Cinco críos consentidos que ante problemas y dificultades regresaban inmediatamente a sus nidos. Al orden. A la seguridad. Así hizo Laura al día siguiente de su paso por casa,

y también Pablo, Alonso y Damián dejaron Barcelona. Todos —incluida yo misma— reiniciamos las vacaciones con nuestras familias.

Recuerdo aquellos días como los más insulsos de mi vida, ajena a todo lo que no fuera el calendario, sin preguntarme ya sobre la veracidad del relato de Laura, deseando únicamente que empezaran de una vez las clases y volviéramos a reunirnos. Pero si estaba escrito, según Pablo, que en algún lugar teníamos que encontrarnos, nada se nos había dicho sobre la brevedad de nuestro encuentro. Apenas unos meses. Primero de Derecho. Porque el curso siguiente se inauguró con una trágica información, una terrible noticia: «Damián ha muerto».

Fue Alonso quien me lo comunicó. Los demás, según añadió enseguida, ya deberían de estar enterados. Me tomó de las manos y me besó en la mejilla. «Tenemos que ser fuertes». Yo no podía dar crédito a sus palabras. Ni siquiera ahora, a tantos años de su desaparición, logro hacerme a la idea. Damián, excelente nadador, había muerto ahogado. El mar lo había engullido para siempre. ¿Un accidente absurdo? Seguramente. Eso, al menos, era lo que afirmaba la familia. Una desgracia. Aunque el mar estuviera agitado aquella mañana, soplara un viento feroz, lloviera a cántaros e hiciera falta ser ciego para no distinguir la ondeante bandera roja que alertaba del peligro.

Alonso y yo no teníamos mucho de que hablar. Nos dimos cuenta a los pocos días. A solas, sin los demás, nuestra relación carecía de sentido. Faltaba diversidad, contrapeso; sobraba nostalgia. Pablo se había ido del país, no sabíamos dónde. Lo único cierto es que colgó los estudios y nunca, que me conste, regresó. Tampoco lo haría Laura, pero esta no era una mala noticia. Nuestra amiga se había enamorado. «Como una loca». Así me lo comunicó en una carta. Era feliz, decía. Muy feliz. El verano le había deparado la Gran Sorpresa. Un amor a primera vista, la entusiasta aprobación de la familia, la decisión más importante de su vida... Y desde Caracas —ciudad en la que en el futuro fijaría su residencia— nos deseaba a todos «lo mejor de lo mejor». Entendí enseguida que no estaba al tanto de lo ocurrido. Ni de la tragedia de Damián, ni de la huida de Pablo, ni de que *todos* significara únicamente Alonso y yo. Cada vez más silenciosos,

cada vez más distanciados. Pero nada dije. Callé, y cuando al día siguiente, en la Facultad, le comuniqué la noticia a Alonso, este sonrió con ternura. Aquella fue quizás la última sonrisa que recuerdo de él. «No le cuentes lo de Damián», dijo. «Déjala en su ignorancia». Y eso hice. Aunque en honor a la verdad tampoco ella preguntó demasiado ni, en ningún momento, me lo puso difícil. Parecía tan colmada que lo único que contemplaba era su propia vida. Nosotros, los demás, habíamos quedado congelados en una fotografía. Una vieja instantánea al principio de un álbum de recuerdos. El pasado.

Alonso hizo nuevos amigos en la Facultad y nuestra relación se volvió todavía más distante. O no me gustaban sus amigos o era yo quien no les gustaba a ellos. Laura seguía hablando de felicidad y yo acogía sus cartas con una sonrisa. Cuando estábamos a punto de acabar el curso me llegó la noticia. Nuestra amiga había sido madre..., por partida doble. Creo que fue la última vez que hablé con Alonso. «¡Laura ha tenido gemelos!», le conté. «¡Dos niñas!». Y él, como si nunca hubiese conocido a Laura, como si nunca hubiéramos compartido aquel ya lejano primer curso, se limitó a encogerse de hombros y murmurar «¡Qué bien!». Después, casi enseguida, mirándome con la más absoluta indiferencia añadió: «Por cierto, el año que viene no estudiaré aquí. Voy a matricularme en Madrid. Que lo sepas». No sé lo que me ocurrió en aquel momento. Si odié su tono, sus palabras o su mera existencia. Pero rompiendo la voluntad de silencio que me había impuesto hasta entonces, atacé por la única vía que me interesaba.

—¿Qué pasó con *el Otro*? —pregunté tirándole de las solapas—. De una vez por todas... ¿Qué ocurrió aquella noche para que cambiaran nuestras vidas?

Algo semejante al terror se dibujó por unos instantes en los ojos de Alonso. Solo por unos instantes. Enseguida apartó mis manos de las solapas y me miró con odio. Nunca nadie me había mirado así. Pero ¿era odio? ¿O solo desprecio?

—¿No has oído hablar ni una vez en tu vida de sugestión colectiva o de pánico contagioso? Aterrizas de una vez, estúpida. Y piensa en ti. En lo ridícula que nos parecías enamorada de Pablo como si fuera el único hombre sobre la Tierra. Todos lo sabíamos. Y nos dabas pena. Porque a él lo único que le interesaba era... Damián.

Y enseguida, con un brillo de triunfo en la mirada:

—¿Te enteras?

Alonso era un maestro. Nadie como él para desviar la atención, cambiar súbitamente de tercio o transformar una respuesta incómoda en un ataque. Aquel día me convencí de un par de cosas. De que mi compañero de curso, en pocos años, se convertiría en el brillante abogado que todos pronosticaban, pero también de que *el Otro* tal vez no fuera solo una entidad ajena sino parte de nosotros mismos. Y pronto comprobé que no andaba desencaminada. Alonso logró transformarse en lo que más deseaba: un profesional poderoso, temido, imbatible. Una leyenda. Sus métodos le granjearon el sobrenombre de «Coyote», apelativo que alternó alguna que otra vez con «Zorro», «Chacal» o «Cuervo». Con los primeros compartía astucia y voracidad. Con el último inteligencia. Carecía de escrúpulos (o eso se decía) y nunca (también se decía) había errado un tiro. Aunque en este punto me permito discrepar. Con todo el orgullo. Porque conmigo sí marró el saque. La puñalada. La puntilla. Aquel último día en la Facultad, tras la inesperada exhibición de sus habilidades, tras la generosa primicia de lo que en el futuro iban a ser sus armas, no consiguió herirme. Muy al contrario. Sentí únicamente una renovada tristeza por la desaparición de Damián y comprendí que Pablo, con mayor desazón que cualquiera de nosotros, hubiera puesto tierra de por medio.

Laura me escribió todavía en dos ocasiones con algunos años de distancia. En la primera carta me enviaba orgullosa la foto de sus hijas. Lara y Áurea. «Gemelísimas», decía. «A ratos pienso que soy yo partida en dos...». En la segunda insistía en el parecido. «Se expresan tan mal como yo de pequeña. Incluso peor. Pero entre ellas se entienden en... “Laureano”, ¿sabes?». Seguía feliz y en su bendita ignorancia continuaba mandándome besos y abrazos *para todos*. Mensajes que no llegarían jamás a destino. Saludos que un buen día dejaría yo misma de recibir. Cosas de la distancia, pensé. Y supuse también que el correo postal —el único que existía entonces— terminaba agotando. Pero nunca la aparté de la memoria. Ni a ella ni a Pablo ni a Damián. A Alonso sí, aunque en realidad Alonso se apartó por sí mismo. Y ahora, a más de cincuenta años de aquel

segundo curso que empezó en tragedia, con el periódico del día ante mis ojos, no puedo menos que pensar en los burlones vaivenes de la vida. Una foto muestra al gran abogado, recibiendo un homenaje el día de su jubilación, sentado en un despacho suntuoso. Mastodóntico. Agobiante. Un despacho curiosamente parecido al del padre de Damián. Casi una réplica de aquel en el que, según sus palabras, «no podría trabajar jamás». Con la pared repleta de diplomas, títulos, condecoraciones. Sin un espacio libre donde descansar la vista. Ese era Alonso. Lo que siempre fue. Un espejismo.

Pero ¿y los demás? Durante mucho tiempo había culpado *al Otro* de los cambios operados en nuestras vidas. De la muerte de Damián, de la partida de Pablo, del fin abrupto de aquella relación a cinco voces que me figuraba eterna. Con los años dejé de buscar culpas y asumí lo que éramos. Unos críos ignorantes que se creían únicos y poderosos. Sobre todo Pablo. ¿Qué decir de Pablo? Recuerdo al hombre de Vitruvio, la equis que tanto me fascinó entonces, y solo me libero de mi ridículo al compararlo con el suyo. La exhibición. Las aspas de un molino... Tal vez por eso nunca lo busqué. Los amores adolescentes tenían su tiempo. Si él quería, estuviera donde estuviera, le sería fácil encontrarme. No moví un dedo, pues, pero sí, en cambio, con la llegada de los nuevos medios de comunicación, me aficioné a las redes e intenté retomar mi relación con Laura. Ella era el pecio milagroso del naufragio. La felicidad. El mejor recuerdo de aquel Primero de Derecho que nunca desaparecerá de mi memoria. Y lo conseguí. Restablecí el contacto con ella, pero, sobre todo, entré en ciertos foros donde no se dejaba de hablar de ella.

Sigo sin saber lo que ocurrió en casa de Damián aquella noche en la que me salvé de milagro. Si Pablo o Damián hubieran salido a buscarme, seguro que habría regresado. No lo hicieron y escapé a tiempo. Me libré por minutos, o eso es lo que pensé entonces. Porque lo cierto es que he terminado por aceptar que no me libré del todo. La prueba es que continúo dándole vueltas a la noche en el ingrato papel de narradora de Algo Inexplicable que desconozco. Y he aquí el resultado. Ya no me impresiona la imagen de los cuatro amigos arracimados sobre la cama abrazando un crucifijo. No me impresiona porque he logrado por fin desterrarla. Pero no ha sido un éxito, solo un recambio. Ahora Laura y sus hijas ocupan por

derecho propio el papel estelar de mis pesadillas. Las niñas, Lara y Áurea, no han cambiado demasiado. Siguen siendo niñas, pero niñas viejas. No aprendieron jamás a hablar, solo a farfullar, a gruñir, a emitir sonidos. Viven las tres juntas y mi amiga se pregunta por lo que será de sus hijas cuando ella ya no esté. El marido se largó hace ya un montón de años. No pudo soportar el terrible día a día. En las redes se ha hablado de «maldición», de «criaturas aojadas» y también de «karma». Yo no he aportado ninguna opinión. No la tengo. Pero hay cosas en las que no puedo dejar de pensar. El último baño de Damián, la huida de Pablo, el abrupto final de mi primer amor, la vida cotidiana de Laura... Y a menudo, cuando intento dormir, me asalta una imagen que tal vez no exista. Dos cincuentonas vestidas de niña, gruñendo, babeando, soltando risotadas infantiles e incapaces, en el improbable caso de que se lo propusieran, de pronunciar siquiera la palabra *Momonio*.

La hermana china

Mis padres la adoptaron. Antes de que naciera yo y antes de que ellos fueran mis padres. Lo hicieron con la mejor voluntad, de eso estoy segura. Pero, como tantas y tantas parejas, se precipitaron. No tuvieron paciencia para esperar y, poco después, cuando Violeta, mi hermana china, cumplió su primer año, entonces nació yo. La historia es tan común que hasta da pereza recordarla. El matrimonio que no logra descendencia, se desespera, decide al fin corregir a la naturaleza y se ilusiona de nuevo. ¡Claro que se ilusiona! Se ilusiona por esa hija caída del cielo, esa niña que tiene unos rasgos en los que no se reconocen, pero que, sin embargo, adoran. Lo hacen desde el primer momento. Las niñas orientales son graciosas, menudas, alegres. ¿Cómo podía yo compararme con ella? No lo hacía, desde luego; de eso se encargaban de sobra los demás. Daban por sentado que Violeta era la hermana menor, la cogían en brazos y la llenaban de mimos. Tan frágil, tan etérea, tan distinta de mí, corpulenta, grandota... ¿Fea? Ni siquiera sé ahora si, realmente, era yo corpulenta, grandota y, encima, fea. Pero sí sé que lo parecía a su lado. Al lado de Violeta, pura gracia, pura elegancia, pocas niñas resistirían la prueba. Aprendió a hablar antes que yo —cosa normal si consideramos que me llevaba un año—, pero las fechas, en nuestro caso, no parecían importar demasiado a nadie. Violeta era un prodigio. Un encanto. Y yo, además de corpulenta y poco agraciada, una niña triste. Y no solo eso. Es más que probable que, para muchos, dado lo mal que me expresaba todavía, una cría notablemente retrasada.

Nos vestían, para colmo, igual. Mis padres no sabían que, intentando igualarnos, nos diferenciaban. Lo hacían con la mejor voluntad, de esto también estoy segura. Pero yo hubiese preferido que aquellos vestiditos, que tan bien lucían en Violeta, se quedaran en ella. Que no me obligaran a convertirme en el espejo deformado de su imagen, la señal por la que todos adivinaban nuestro parentesco. Y el paseo de las miradas, entonces, se hacía inevitable. De ella a mí. De la «pequeña» Violeta a la «mayor», una cría a la que nadie le preguntaba siquiera el nombre.

Pero lo tengo. Yo tengo un nombre. Mis padres, cuya pasión floral era más que patente, decidieron que me iba a llamar Adelfa. Tampoco lo hicieron con mala intención. La adelfa produce una flor hermosa y es altamente apreciada como planta ornamental. Pero, al mismo tiempo, resulta en sumo grado venenosa. De eso yo, de pequeña, no tenía, como es lógico, la más ligera idea. Ni de su toxicidad ni, menos aún, de que la palabra, procedente del griego, significara «hermana». Y ahí sí que mis padres (que todo lo decidían con inmejorable intención) se traicionaron a sí mismos. O fue precisamente su subconsciente el que les traicionó. De entre todas las plantas que hay en el mundo fueron a decantarse por la que mejor me definía. Porque yo era únicamente una «hermana». La hermana de Violeta, su verdadera hija.

Así empezó esta historia de celos y despecho. Una historia enfermiza. Aunque no siempre fuera consciente de ello. Hubo un tiempo en que, ignorando las propiedades y el significado de mi nombre, participé yo también de la admiración que provocaba mi hermana entre la gente. Y la seguía a todas partes convencida de que, si me acoplaba al ritmo de sus pasos, terminaría pareciéndome a ella. ¿Una fantasía infantil? Desde luego. E igualmente una superstición que yo misma había ideado para sentirme a su altura. Porque el mundo de Violeta estaba lleno de talismanes, creencias, presagios, prevenciones... El número cuatro, por ejemplo. Un número de mal augurio. O, en el lado opuesto, el ocho. Prosperidad y fortuna. Supersticiones importadas de China, a pesar de que mi hermana abandonara su país natal a los pocos meses de vida y no pudiera, por tanto, recordar absolutamente nada de su entorno. ¿Memoria genética? Podría ser, aunque más fácil resultaría deducir que la mayoría de los prejuicios que había hecho propios procedían en principio, de sus mejores amigas. Yan, hija de los propietarios de un restaurante, y Fang, nieta de los encargados de un bazar. A veces se reunían en casa, otras en un parque cercano al bazar o en el patio del restaurante fuera de las horas de las comidas. A mí, por pequeña, no me dejaban participar en sus juegos. Hasta que cumplí siete años. Entonces Yan, Fang y mi hermana, después de cuchichear entre ellas, me miraron las tres con aire solemne.

—Si quieres jugar con nosotras tendremos que cambiarte el nombre.

Lo dijeron a la vez, con sus voces tintineantes, sin el menor titubeo o error, lo que me hizo pensar que, siempre bajo la batuta de Violeta, lo habían estado ensayando durante horas y horas. Y, como si se encontraran en clase, en el primer día de curso, o yo no las conociera de nada, una tras otra se presentaron ante mí. «Jan», dijo la primera. «Fang», siguió la segunda. Cuando le llegó el turno a mi hermana, no esperé a que se *presentara* y me eché a reír. Pero Violeta no estaba para bromas. Alzó la cabeza con orgullo y acercándose a mí pronunció su nombre muy bajito, casi en secreto.

—Zǐ —dijo únicamente.

Mi hermana, desde hacía ya tiempo, se llamaba Zǐ (que no era más que Violeta en chino), y a mí, a los pocos días, me impusieron el nombre de Jiàzhútáu. Como Fang me explicó enseguida, mitad con palabras, mitad con gestos, correspondía en su idioma a la palabra «adelfa». Mi nombre de verdad nunca me había gustado, pero el nuevo —por el que debía atender si no quería que me expulsaran de sus juegos— me pareció aún más horrible. Jiàzhútáu era difícil de recordar y su pronunciación, para mí al menos, casi imposible. Lo comprobé muy pronto. A los pocos días de mi segundo bautizo. Estábamos jugando en el parque, frente al bazar, cuando apareció la abuela de Fang, a la que yo aún no conocía, con la merienda para su nieta. Al verme, me preguntó por mi nombre. «¿Cómo tú llamas tú?», dijo. Yo cerré los ojos, hice un esfuerzo y contesté enseguida: «Jiàzhútáu». Me había salido a la primera. ¡Bien! La abuela, sin embargo, no parecía haberme entendido. «¡Jiàzhútáu!», repetí gritando. Fang y Jan reían por lo bajo, pero Violeta (que en el parque se llamaba Zǐ) se apresuró a cogerme de la mano y pronunciar muy despacio lo que yo acababa de decir dos veces: «Jiàzhútáu». Aquí la abuela sonrió. Le sonrió a Zǐ. Todo el mundo sonreía a Zǐ. Y mi nombre, en boca de Zǐ, sonaba cantarín, igual que en las voces de Jan o Fang. Yo, entonces, no sabía nada de matices, de la importancia tonal que tienen algunos idiomas, y doy por sentado que tampoco Violeta. Pero ella poseía un don. Una facilidad increíble. O quizás se tratara simplemente —¡ahí sí!— de la antes citada «memoria genética».

A menudo Fang y Jan no se entendían entre ellas y acudían entonces al castellano o, mejor, a lo poco que sabían de castellano. Ahora intuyo que la familia de una hablaba cantonés y la de la otra mandarín (aunque es posible que me lo haya contado Violeta), y no intuyo ya, sino afirmo, que el lenguaje en el que se desenvolvían nuestros juegos no era ni cantonés, ni mandarín ni siquiera español. Solo una mezcla. Nos movíamos en el área de unas cuantas palabras aceptadas por las cuatro. Un pequeño repertorio que, sin saberlo, se estaba convirtiendo en una jerga secreta, fuera del alcance de los encargados del bazar o los propietarios del restaurante. A mis padres les hacían gracia nuestros juegos. Estaban convencidos de que jugábamos «en chino» y, fieles a la idea de que «los niños son como esponjas», no nos interrumpían en ningún momento cuando nos reuníamos en casa, solo a la hora de merendar o beber un vaso de leche. Estoy segura de que (siempre con su mejor intención) se equivocaban. Mi *esponja*, por lo menos, no tenía una capacidad de absorción ilimitada. Y a la hora de cantar en chino (esta vez en chino de verdad porque Zǐ y yo habíamos aprendido de memoria algunas canciones infantiles) yo no lograba fundirme con sus voces. Ellas, las tres, intentaron con paciencia que consiguiera acoplarme, hasta que, súbitamente, decidieron dejarme por inútil. Y ahí sí aprendí algo. Deja a una persona por inútil y se hará inútil. Pero no lo entendería en toda su extensión hasta mucho más tarde, años después, recordando aquellos días en el parque, frente al bazar, en el patio interior de un restaurante o en nuestra propia casa. Aquellos días que, pese a todo, fueron, quizás, los más felices de mi vida.

No sé muy bien lo que pasó con las amigas chinas. Creo que el restaurante cerró y, poco después, los encargados del bazar fueron trasladados a otro local lejos del parque. Lo único cierto es que dejamos de verlas. Zǐ y yo volvimos, así, a llamarnos Violeta y Adelfa a tiempo completo. Y dejamos también de jugar. En el colegio mi hermana tenía sus compañeras, yo las mías, y ya no destacábamos por vestir idénticas porque el uniforme nos unificaba a todas. Pero no por ello me libraba yo de las odiosas comparaciones. Las profesoras de mi clase la recordaban del curso anterior: toda gracia, toda inteligencia, toda —aunque no se atrevieran a

verbalizarlo— belleza... Y así año tras año. Pero uno de esos veranos — siempre con su mejor intención— mis padres se equivocaron. Querían inscribirnos juntas, como cada julio, en las mejores colonias. Llegaron, sin embargo, tarde a la inscripción, confundieron fechas, no se explicaban cómo había podido ocurrir... El caso es que quedaba únicamente una plaza disponible y tuvieron que enviarnos a lugares distintos. Para ellos fue un desgraciado contratiempo. Para mí, una bendita equivocación.

Lejos de Violeta, me descubrí. Yo no era grandota, ni fea, ni, menos aún, torpe. Yo era una adolescente normal. Incluso ocurrente, graciosa. Nadaba, bailaba, era buena en manualidades y talleres de teatro. Había otras niñas mejores que yo, desde luego, pero no eran mi hermana ni tenía yo por qué compararme con ellas. Y fue entonces cuando comprendí los probables efectos de *dejar por inútil* y unas cuantas cosas más. Una, sobre todo. La verdadera relación entre Violeta y yo. Porque ahora sabía que era yo, Adelfa, la que la hacía perfecta a ella, mientras que era ella, Violeta, quien me volvía defectuosa a mí. Una interacción parecida a la de ciertas plantas que, por separado, son de una manera y, al crecer juntas, se transforman. Lo aprendí en el campamento. En el pequeño huerto que debíamos cuidar por turnos y en una clase que trató de poderes o curiosidades de algunas plantas. Pusieron varios ejemplos. El primero, muy sencillo, fue la ortiga. Si se siembra ortiga junto a hierbabuena, esta última se aprovecha de su proximidad y refuerza su aroma. Me interesó mucho. La ortiga no es tóxica como la adelfa, pero sí irritante. Los pelillos que rematan sus hojas expulsan un líquido que provoca ardor, comezón e incluso, en pieles sensibles, puede producir ampollas. Pero todo lo contrario a lo que su cercanía supone para la hierbabuena. La ortiga, a su lado, no hace otra cosa que ensalzar y potenciar sus cualidades. Algo muy parecido a lo me sucede a mí cuando estoy junto a ella. Violeta, entonces, refuerza su esplendor. Y yo, Adelfa, me convierto en nada.

Aquel verano aprendí un montón de cosas. Y me aficioné a la botánica, a los mitos, a las leyendas que acompañan a muchas plantas. También, cuando acabó el campamento y regresé a casa, a las herboristerías y tiendas de magia. Mi nombre, por primera vez, empezó a resultarme

simpático. La adelfa reunía belleza y peligro, hermosura y veneno. ¿Qué más se le podía pedir a un nombre? Y con el tiempo me sentí orgullosa de llamarme así. Pero todo eso ocurrió con el tiempo. El descubrimiento de mí misma en la colonia de verano fue el primer paso. Violeta no era mala ni me disminuía adrede. Pero algo, ajeno a nuestra voluntad, una fuerza que emanaba de nuestro organismo, me aconsejaba mantenerme en guardia. Y eso hice. Dividí mi vida en dos. La casa y el exterior. En casa era sombra, solo al salir adquiría existencia y color. Evité que mis amigos la conocieran, del mismo modo que no quise nunca conocer a los suyos. Estábamos bien así. O quizás no del todo, pero era la única forma de mantenerme a salvo. A veces, sin embargo, los sueños me traicionaban. Ahora, que sabía de venenos y plantas, cocinaba flores y tallos de adelfa o asaba carne sobre un lecho de raíces que luego ofrecía a Violeta. Y en el sueño mi hermana moría. Y, también en el sueño, yo me sentía inesperadamente libre. Pero el día del funeral no podía apartarme del ataúd abierto en el que el rostro de Violeta iba adquiriendo bondad y belleza por momentos. Y tampoco podía dejar de llorar, arrepentirme de mi mala acción, desear que el tiempo girara sobre sí mismo y nada de lo que estaba viviendo hubiese ocurrido en realidad. Pero el sueño era pertinaz. Pronto mis lloros congregaban a un montón de gente en torno al féretro. Y sus amigos y los míos, conocidos y desconocidos, muchos de los que ahora nos rodeaban, nos veían *juntas* por primera vez. Una pesadilla. Lo que con tanto tesón me había esforzado en evitar se producía ahora, en el último lugar y en el último momento. El tanatorio. Al despertar, asustada y sudorosa, intentaba liberarme de culpa. ¡Yo no era responsable de mis sueños! Pero probablemente sí lo era. Esta, ya lo dije, es una historia de despecho y de celos. Pero también, añadido ahora, de una interpretación desproporcionada de lo que suele considerarse «defensa propia».

Por suerte no coincidíamos demasiado en gustos o aficiones. Violeta, cuando acabó el colegio, se matriculó en el Grado de Chino de la Universidad. Yo, un año después, inicié la carrera de Biología. Ni siquiera compartíamos edificio ni, por una vez, tenía el menor sentido comparar notas o resultados académicos. Los míos eran buenos. Eso me bastaba. Los

de ella, al parecer, espectaculares. Obtuvo una beca de un año para la Universidad de Shanghái, y yo me alegré tanto de su suerte como de la mía. Lejos de Violeta podía ser Yo, la chica que se descubrió a sí misma en una colonia de verano y continuó creciendo, fuera del hogar común, siempre que se encontraba libre de su influencia. Pero la distancia me depararía también más de una sorpresa. Las cartas. Violeta y yo nos escribíamos con regularidad. Casi cada semana. Y fue así, curiosamente, como llegamos a conocernos de verdad. Ella me hablaba fascinada de una cultura que empezaba a vivir como propia, pero también de lo mucho que le disgustaba sentirse tratada —y eso le ocurría con frecuencia— de una manera especial, con cierta distancia que le costaba aceptar. «Por ser china, pero no del todo», me decía. Una china que venía de otro país y de otra lengua, y a la que se podía cobrar de más en algunos establecimientos u ofrecerle de continuo los platos más caros o las prendas más exclusivas. Pero era cierto. Ella venía de otro país y de otra lengua. Por eso echaba en falta a nuestros padres, nuestra casa; me echaba en falta a mí. Cuando vivía con nosotros soñaba con conocer China; desde Shanghái se emocionaba al pensar en su regreso. «A ratos», seguía escribiendo, «no sé de dónde soy». Y yo le contestaba: «¡Pero eso es una suerte, Violeta! ¡Tienes dos mundos!», olvidando por un momento que también yo, durante un tiempo, viví dos vidas. Con ella, dentro de casa. Y sin ella, fuera del hogar. Ahora todo eso quedaba lejos.

Llegó, al fin, el día esperado. Convencí a mis padres de que se quedaran en casa preparando el recibimiento, mientras yo me encargaba de recoger a mi hermana en el aeropuerto. ¡Cuánto tiempo desperdiciado!, me repetía. Pero me sentía fuerte. La correspondencia me había hecho fuerte. Y preparé un discurso. El reconocimiento de que nuestra relación, en el pasado, no había sido más que el producto de los celos y el despecho. Por mi parte, desde luego. Únicamente por mi parte. Y algo todavía más chusco. Mi inseguridad o mi envidia habían buscado justificación... ¡en el reino vegetal! Ni más ni menos. Aquí, probablemente, nos echaríamos a reír. «Alelopatía», le indicaría entonces. Ese fenómeno al que, ahora yo, podía llamar por su nombre e ilustrar con impresionantes ejemplos, lejos

ya de la sencillez de la ortiga o la hierbabuena. Lejos, principalmente, de nosotras dos... ¡Teníamos que empezar de cero! Asumir los errores pasados y disculparme las veces que hiciera falta. Antes de llegar a casa, sobre todo. En el mismo aeropuerto o en el taxi de vuelta. La entrada en el hogar sería, así, todo un símbolo. La puerta que se abría a una nueva vida.

Y en eso estaba. En la zona «Llegadas», con un ramo de bienvenida en la mano, anticipando el reencuentro y sin dejar de mirar las pantallas informativas. ¿Habría cambiado mucho Violeta en el año de ausencia? Pero ya el vuelo de Air China había llegado a destino y por las puertas de cristal empezaban a aparecer los primeros pasajeros. La emoción no dejaba de traicionarme. Veía *violetas* de continuo. Ninguna de ellas, sin embargo, daba muestras de reconocerme. ¿Era yo quien había cambiado tanto durante todo este tiempo? Sí, era yo. ¡Seguro que era yo! Y, de pronto, cuando menos lo esperaba, la descubrí. Una figura frágil de aspecto cansado que se acercaba sonriendo y, sin poder contener su alegría, me llamaba por un nombre antiguo. «¡Jiàzhútáu! ¡Qué guapa estás, Jiàzhútáu!». Y yo, dejando caer las flores, me lanzaba a sus brazos. Y recordaba aquel día lejano en que, ante la abuela de Fang, me cogió de la mano y pronunció mi nombre. Ahora sabía que lo hizo con orgullo de hermana mayor, con el deseo de protegerme. «Zǐ», dije conmovida. Y seguimos abrazadas, cada vez con más fuerza, hasta que de pronto noté que me faltaba el aire, oí un zumbido y fue como si el entorno desapareciera y, en un espacio sin límites, nos encontráramos únicamente mi hermana y yo. Y algo debió de sentir también ella. Porque, al aflojar la presión de los brazos y separar las mejillas para recobrar aliento, detecté en sus ojos la misma sorpresa que ella debía de estar descubriendo en los míos. Violeta crecía, se embellecía por momentos, su rostro desprendía luz y nobleza, mientras yo me encorbaba, menguaba, me convertía en sombra... No necesité de ningún espejo para reconocerme. Y el ramo pisoteado en el suelo me habló a las claras de una torpeza olvidada. Violeta y Adelfa. Día y noche... ¿Interacción, otra vez? ¡No podía ser cierto!

Media hora después, ya en casa, nuestros padres nos cubrieron de besos, felices por encontrarnos de nuevo todos reunidos. Pero desde el primer momento quedó claro que no habían apreciado, en ninguna de las

dos, el menor cambio. Me fui a la cama sin dejar de pensar en la palabra poderosa. *Juntas...* Y aquella noche, en sueños, volví a cocinar adelfas para mi hermana china.

## Il Buco

—Deja ya de escribir, Bruno —dice mi mujer—. Todo el mundo nos mira.

No es cierto. Nadie puede mirarnos. Estamos confinados en la última fila, en el peor lugar de todo el desfile. Mi asiento linda con la pared a la izquierda y con mi mujer a la derecha. Mejor así. Pero Lila no para. «B-r-r-r-runo», repite. Lo dice entre dientes, arrastrando las erres. E insiste. Que deje de escribir y que todo el mundo nos mira. ¡Qué más quisiera! La gabardina que se compró en Barcelona porque parecía italiana, tenía estilo, buena caída y no sé cuántas cualidades más, ha perdido, al parecer, parte de su atractivo nada más cruzar el vestíbulo del Salone della Moda en el que nos encontramos. En el hotel, en cambio, se admiraba satisfecha ante el espejo. Es verano aún, hace calor y no llueve, pero ella se ha empeñado en vestirla aunque todavía estemos en verano, haga calor y ni una sola nube amenace tormenta. Y digo bien: *vestirla*. Se la ha ajustado sobre la piel, directamente, sin ninguna prenda debajo. Y le queda bien, no voy a negarlo. Ignoro si, además, resulta elegante, desenfadada y, sobre todo, «muy italiana», como ella pretende. No sé mucho de modas, pero sí de Lila. Y algo me dice que, de pronto, ya en el vestíbulo del Salone della Moda, tras el vistazo obligado y rápido a la concurrencia femenina, su seguridad arrogante se ha venido abajo. O, mejor, se ha derrumbado estrepitosamente. Tanto es así que ni siquiera ha protestado cuando nos han conducido a este rincón con las invitaciones en la mano. Las mismas que han viajado con nosotros desde Barcelona y en las que consta el número de los asientos asignados, pero nada se dice de su ubicación ni de la distancia con respecto a la pasarela. Las invitaciones, en fin. Causa y razón de nuestra llegada a la ciudad de M\*\*\*.

Acabo de consignar el tercer asterisco y me quedo unos segundos inmóvil, sujetando el bolígrafo a la altura de mi ojo derecho. Suena una música estridente y la modelo que abre el desfile avanza unos pasos con cara de palo, se detiene, extiende los brazos como si fuera un pájaro y parece que de un momento a otro se va a echar a volar. Por unos instantes el bolígrafo la divide en dos. Un tirador desalmado la ha sesgado en dos

partes de una ráfaga tan certera y rápida que las alas siguen desplegadas, cada cual por su lado, como si nada hubiera ocurrido aún. Lila me da un codazo. He levantado demasiado el bolígrafo y alguien puede pensar que estoy haciendo fotos, algo terminantemente prohibido en este tipo de eventos. Aunque tampoco debe de estar bien visto hablar o cuchichear y Lila, para hacerse oír a pesar de la música, ha alzado demasiado la voz. «Bien», digo. Soy consciente de que en estos momentos me odia. O quizás no tanto; se avergüenza de mí. También yo podría, por otros detalles que ahora no vienen a cuento, avergonzarme de ella, pero eso pondría en entredicho mi vida. O, mejor, una parte de mi vida. No me conviene. Y, además, me desviaría de mi cometido. Porque ¿por dónde andaba? Andaba por las calles de M\*\*\*. Por la ciudad de M\*\*\*. Tres asteriscos y punto.

Se me dijo que, al escribir, evitara en lo posible cualquier topónimo que pudiera conducir a una localización indeseada. Y así lo hago. Antes me he referido a Italia, cierto, o lo he dado a entender, que es casi lo mismo. Pero sugerir «Italia» no es sugerir demasiado. El país está lleno de firmas de moda, galerías de arte, exposiciones o museos. Como también de iglesias, ermitas, conventos, monasterios y catedrales. El país. Cosa muy distinta sería que yo situara ahora la ciudad en la que me encuentro en sus auténticas coordenadas. Ni hablar. Una inicial, que puede responder o no a su verdadero nombre, y tres asteriscos que me recuerdan a las ciudades de X\*\*\* o de L\*\*\*, tan del gusto de los escritores románticos. También podría acudir al disfraz o a la alusión más o menos velada. Vetusta, por ejemplo. O Marinaleda o Comala o Macondo o Yoknapatawpha, o, mejor todavía, Luggnagg o Nunca Jamás. Pero me estoy liando otra vez. M\*\*\* y va que arde. La maldita megafonía me impide pensar con tranquilidad, aunque, bien mirado, tal vez esta incómoda circunstancia sea lo mejor que me podía ocurrir. No pensar demasiado. Reservarme. Se me ha dicho: «Cuenta con cuarenta y cinco horas». O, para ser exacto: «Cuarenta y cinco horas, cuarenta y cinco minutos, cuarenta y cinco segundos». Y también: «Puede, si lo desea, ordenar sus pensamientos por escrito». Y aquí han entrado un par de sugerencias o conminaciones, no lo sé muy bien. La ya citada conveniencia de omitir «en lo posible» localizaciones concretas y otra más bien rara o caprichosa: la de utilizar —siempre «en lo posible»— tinta simpática o invisible. Veré lo que puedo hacer.

Una salva de aplausos acaba con la música ensordecedora. Menos mal. La misma modelo que inició el desfile, la de cara de palo y alas de aguilucho, se oculta unos instantes para reaparecer, ahora sonriente, de la mano de un hombre con americana de seda y corbata de lentejuelas. Lila aplaude emocionada, me da un codazo, dice «¡Es Él!», pronuncia un nombre que ya he olvidado y de otro codazo me ordena aplaudir. Lo hago. Ya no parece avergonzada. Ni de su gabardina ni de mí. Está muy guapa. La emoción siempre le ha sentado bien. Me alegro de haber llegado hasta aquí y de encontrarme en este momento a su lado. Resulta complicado, pero he hecho lo que debía. Salimos.

Ahora la tinta. No lo olvido. Miro el reloj. Las siete menos cinco. Me quedan todavía cuarenta y una horas, y el pico, pero son casi las siete y no habrá una sola tienda abierta en toda la ciudad de M\*\*\*. Además, ¿dónde se suele adquirir un producto de esas características? Puedo preguntar en el hotel sin que me oiga Lila. Sí, puedo hacerlo. Es un buen hotel y en los buenos hoteles los deseos de un cliente son órdenes. Eso deseo. Que lo asuman como una orden. Aunque me tomen por un aprendiz de espía entre estúpido e incompetente. Mejor buscar su comprensión. Una broma. ¡Ahí está! Seguro que encuentran la dichosa tinta en un comercio de artículos de broma. Pero tendríamos que esperar hasta mañana. Imposible. Llegamos al hotel. Lila sube al cuarto y yo aprovecho para hablar con el recepcionista. Antes le he preguntado como se dice «tinta» en italiano. «*Inchiostro*», ha respondido orgullosa. Lo demás se lo ahorro. *Inchiostro invisibile*, decido. Prefiero evitar el término *simpatico*, no sea que el hombre me malinterprete y crea que le dedico el adjetivo. Aclaro que es para una broma. «*Scherzo!*», traduce sonriendo. Y sí, busca en el ordenador tiendas de artículos de fiesta y broma. Añado que es urgente. ¿Una broma urgente? Y le sonrío. Las sonrisas a menudo facilitan el camino. No parece que sea el caso. Le lanzo una mirada cómplice y señalo hacia arriba. «*Mia donna*». Ahora él también sonrío. «*Sua moglie, la sposa*». No me pregunto qué es lo que puede haber colegido ni qué tipo de broma se puede gastar a *la moglie* con tinta simpática o invisible. ¿Una declaración de amor? ¿El plano de un tesoro? ¿Una declaración de amor seguida del plano de un tesoro? Sí, resultaría factible. Una sortija. Un brazalete. Una joya-sorpresa escondida en el lugar más inverosímil de la

habitación. Las pistas (invisibles) podrían ocupar el reverso de la lista de recomendaciones del *room service*. Yo le tendería el papel a Lila, fingiría consultarle algo relativo a su contenido, le colocaría un cigarrillo en la boca con una mano y me apresuraría a ofrecerle fuego con la otra. Pero no apagaría el encendedor de golpe. Lo mantendría en funcionamiento unos segundos más, entre mi mano y el reverso de la *Carta*, no tan cerca como para quemarla, pero lo suficiente para que unos signos inesperados empezaran a adueñarse del papel. Una bonita sorpresa. Solo que ni Lila ni yo fumamos, dato que el recepcionista no tiene por qué conocer. Aunque, ahora que le miro con detenimiento, me parece demasiado ensimismado, demasiado perdido en su mundo para un profesional cuya función consiste precisamente en atender a los demás. A no ser que haya entrado en el juego. Que haya leído mis pensamientos o atribuido mi urgencia real al deseo de un buen marido de sorprender a su queridísima esposa. Le dejo cavilar. De pronto se da una palmada en la frente. «¡Giacomo!», grita. Marca un número breve y pide por Giacomo. «*Il napoletano*», precisa. «*No, l'altro no. Il napoletano*». No hablo tan bien italiano como mi mujer, pero adivino —es fácil— que en las cocinas, en la lavandería o en el *ristorante* hay dos giacomos. Uno es napolitano y el otro no. «*Vieni subito!*», ordena ahora. Y yo me pregunto fugazmente si hago bien en dar por hecho que Giacomo el napolitano va a sacarme del enredo. Porque por eliminación y sin proponérmelo estoy proporcionando un dato. Si a Giacomo lo distinguen como *il napoletano* queda claro que M\*\*\* no puede tratarse en modo alguno de la populosa ciudad del bello sur de Italia. No estamos en Nápoles, pues. Una ciudad menos. Pero ellos — luego hablaré de *ellos*— no se han molestado en hilar tan fino. Mejor no complicar las cosas.

No llego a conocer a Giacomo. El recepcionista me indica que puedo recogerme en mi cuarto. De repente, intentando complacerme, ha tenido, según me cuenta, una iluminación, un glorioso recuerdo. Giacomo es padre de familia numerosa, vive en las afueras —me da un nombre que me abstendré de repetir— y las pasadas navidades obsequió al pequeño de sus hijos con un lote de plumillas y un frasquito de esa tinta de propiedades mágicas. Lo recuerda perfectamente porque al susodicho se le ocurrió usar de esa tinta precisamente para gastarle una broma a la cocinera del hotel.

«*Ma che scherzo!*». Me da un montón de detalles acerca del ingenioso *scherzo* que no logro entender. Pero cabeceo complacido y no dejo de sonreír. Concluyendo: Giacomo tomará un taxi, irá a su casa, cogerá el frasquito, regresará al hotel, mañana repondrá el producto y santas pascuas. Aquí no ha pasado nada. No dice santas pascuas, pero sí «*E tanti saluti*», que viene a ser lo mismo. La carrera, por descontado, correrá de mi cuenta. Le doy efusivamente las gracias y subo al cuarto.

Lila se ha vestido de noche. La gabardina yace desmadejada sobre un sillón, en una posición que sugiere abandono, soledad y también tristeza. A punto estoy de sentir pena, pero me corrijo a tiempo. Pena por una gabardina inerte sería ya demasiado. No sé lo que me está ocurriendo. O sí lo sé y por eso intento controlarme. Me he propuesto actuar lo más serenamente posible y creo que no lo estoy haciendo del todo mal. Sigamos. Lila se prueba ahora un collar frente al espejo. «¿Dónde cenamos?», pregunta sin mirarme. Tengo la respuesta preparada. La he ido pergeñando mientras el recepcionista se empeñaba en ilustrarme sobre la magnitud de la broma entre Giacomo y la cocinera. Pero finjo sorprenderme. «Lila, ¡por Dios!», digo. Y enseguida rebajo el tono. Me ha salido demasiado dramático. Como si mi mujer, en lugar de probarse un collar frente al espejo, estuviera a punto de saltar por la ventana. «Son casi las diez», añado. Y le muestro el reloj. «Tardísimo para Italia». He dado en el clavo. Nadie conoce Italia, su idioma, su moda o sus costumbres mejor que Lila. Cenamos en el hotel. Pido un Brunello di Montalcino y me ocupo de rellenar puntualmente su copa. A Lila le encanta el tinto. Bebe, casi no come, habla sin parar y yo aprovecho para pensar en mis cosas. No en las trascendentes, por supuesto —a estas me dedicaré en cuanto Lila se acueste y pueda escribir a mis anchas—, pero sí en las coyunturales o preparatorias. Lo del *inchiostro invisibile* ha salido bien. No era obligatorio, pero sí conveniente. Y por más lejos que se encuentre el barrio de Giacomo esta cena le da tiempo sobrado para ir y volver mientras yo repongo fuerzas y me preparo para afrontar la noche. «Bonito restaurante», digo por decir algo. Hace demasiado rato que permanezco en silencio. «Y bonitas copas, ¿no crees?». Acabo de levantar una y leo en el posavasos el nombre del restaurante: Il Buco. Siento un estremecimiento. ¿*Il Buco*? Repito en voz alta: «*Il Buco*». Lila, como un intérprete automático de

primer orden, se apresura a traducir: «Agujero, hueco, oquedad...». Y se echa a reír. El Brunello di Montalcino está haciendo su efecto. Luego señala hacia una pared. Sigo su dedo y veo una especie de alacena incrustada en el muro. «*Dai, caro. Cosa credevi?*». Asiento. A veces Lila se pone un tanto pelma. En el tema de lo italiano y en muchos otros que prefiero omitir. Pero en el primero es una auténtica *tifosa*. Tengo que repetirle varias veces que sí, que entiendo por qué el restaurante se llama Il Buco. Una antigua cueva, un entrante, tal vez, en otros tiempos, un escondite... Y ahora un flamante aparador. O una *credenza*, como se apresura a informarme ella. Me siento cansado, aunque ni con tres botellas más de Brunello di Montalcino le revelaría la razón de mi interés por la palabra «*buco*». Nos vamos a dormir. Venga. O eso le digo cuando, llevándose la mano a la boca, disimula un bostezo. Al cruzar el vestíbulo el recepcionista, cuidando de que Lila no se entere, me lanza una mirada cómplice, arquea las cejas y alza ligeramente la cabeza. Entendido. La mercancía obra ya en su poder. Operación concluida con éxito. Al llegar a la habitación, Lila se dirige al baño y yo al teléfono. Agradezco los servicios prestados y ruego que depositen el *inchiostro* en el suelo, junto a la puerta. Ya me encargaré yo de recogerlo. Lila sale del baño y yo cuelgo precipitadamente. «¿Quién era?», pregunta con voz gangosa. «Nadie», respondo al instante. «Una equivocación». Y cuela. Como en las películas y en las novelas de misterio, por raro que pueda parecer, cuela. Mejor así. Lila se pone el camisón mientras canturrea en voz muy baja. En italiano, por supuesto. Solo acierto a distinguir *brunello* y *buco*. ¡Que manía con *il buco*! Me ofrezco a colgarle el vestido y abro el armario. Ella se ha dejado caer en la cama. Está rendida. Momentos antes de entregarse al sueño me mira con ojos vidriosos y balbucea: «*Un buco nell'acqua...*». Fin del episodio. No llego a preguntarle qué es lo que quiere decirme exactamente con esa tontería de un agujero en el agua. Lila duerme ya. Como una criatura.

Ha llegado el momento. Abro la puerta y recojo un sobre abultado. Junto al frasquito de tinta aparece un mango y unas cuantas plumillas. Estupendo. No había caído en ese detalle, pero Giacomo y el recepcionista lo han pensado por mí. Antes de instalarme en el escritorio, cuelgo el vestido de Lila y también la gabardina quejumbrosa de la que había

llegado a olvidarme. Ni rastro de su antigua dejadez. Por unos segundos se balancea arrogante en la percha, incluso retadora, como si, al recobrar la verticalidad, hubiera triplicado la confianza en sí misma. Cierro el armario y me siento ante el escritorio. Ahora viene lo serio. Lo incomprensible. Algo tan inaudito como ese absurdo agujero en el agua. Aunque quizás, pienso de repente, no lo sea tanto. «Una burbuja», me digo. Y empiezo.

He llegado a la ciudad de M\*\*\* esta misma mañana. Hemos llegado, para ser exactos. Si estoy aquí es porque Lila, mi mujer, me ha obligado a hacerlo. Lila es una enamorada de Italia, estudia el idioma, saca puntuaciones extraordinarias y, al parecer, ha ganado la máxima distinción del fin de curso en el exclusivo centro de enseñanza al que acude sin falta dos tardes por semana. Un premio para dos personas consistente en tres días en la ciudad de M\*\*\* y unas invitaciones para un desfile de la *Settimana della Moda* o algo por el estilo. Digo «al parecer», porque no acabo de creerla del todo. ¿No hubiera sido más lógico que, en lugar de dos invitaciones para un desfile, el premio consistiera en dos pases para la catedral, para un espectáculo o para unos cuantos museos? «La moda es cultura», no ha dejado de repetir desde que hemos llegado. Y yo me he limitado a asentir. Cierto. Pero desde el primer segundo me ha invadido la sospecha de que le han dado algunas opciones más para escoger y ella se ha decantado por la mencionada. No importa. El premio es suyo, no mío. He aceptado acompañarla; no podía negarme. Con una pequeña condición que —sabía— no se vería capaz de rechazar. Antes del desfile visitaríamos la catedral. Y eso hemos hecho.

Bien. Ya estamos en la catedral. Por fin. Esta misma tarde, en las notas preliminares, he hablado de la gabardina. De cómo se la probaba complacida en el hotel y de cómo, al llegar al desfile, la prenda bajaba repentinamente un montón de puntos en su estima. Pero, en medio, estaba la catedral. Lila en la catedral envuelta en su gabardina ceñida. Le quedaba bien, ya lo dije. Pero no parecía demasiado apropiada para un lugar de culto. Aunque el templo a esas horas —unas pocas antes de la *Settimana* que nos ha traído a la ciudad—, más que un lugar de recogimiento y oración, tenía todo el aspecto de una feria. Demasiados grupos,

demasiados idiomas, demasiada gente. Me llevé a Lila a un rincón e intenté explicarle algunas peculiaridades, datos curiosos o simples leyendas que acompañan desde antiguo a viejas iglesias y catedrales, y que no por conocidas resultan menos inquietantes. Le hablé de signos masónicos grabados en las piedras, de las higueras que, sin que nadie haya plantado las simientes, florecen en sus muros, de seculares relojes astronómicos tan fabulosos y de mecanismos tan perfectos que los artífices, al dar por terminado su trabajo, no tardan en despedirse también de sus propias vidas. En este punto me pareció detectar una mirada de incredulidad en Lila y eso me animó a continuar. «No estoy hablando de suicidios, todo lo contrario. Ni tampoco de hoy en día, sino de otros tiempos». Porque lo cierto (y eso fue lo que dije al proseguir) es que, en otros tiempos, obispos, reyes o magistrados, admirados de la exactitud de esos relojes gigantescos, de su belleza o de los ajustados movimientos de astros y autómatas, no dudaban en ejecutar a sus creadores (los más radicales) o condenarlos a la ceguera de por vida (los más misericordiosos). Lila se encogió de hombros y yo —todavía me admiro de mi tenacidad— me sentí obligado a insistir en que estaba refiriéndome a otros tiempos. Tiempos lejanos, tal vez solo leyendas, en los que todos los medios parecían justos para evitar que el artífice ejecutara en otra ciudad una obra parecida y asegurarse así la exclusividad de aquellas maravillas. «Ya», dijo. Ni una palabra más. Y yo, como un eco y con una buena dosis de sorna, repetí: «Ya».

A Lila las catedrales la traen al paio. No es ninguna novedad. Como también las iglesias, las ermitas o el arte sacro en general. Mi mujer, en realidad, es un perfecto producto de su época. Ha sido educada en la ignorancia absoluta de la religión. De cualquier religión. De cualquier cultura que tenga que ver con una religión. Al principio esta circunstancia no me molestaba en absoluto. Me refiero al principio de nuestra relación, de eso hace ya poco más de siete años. Me gustaba llevarla a museos, explicarle el sentido de algunos símbolos o situar las escenas bíblicas en su significado y su contexto. Ella me escuchaba con atención y yo, sin ningún mérito por mi parte, llegué a crearme insustituible, respetado y admirado en lo que iba a ser nuestra nueva vida. La diferencia de edad lo ponía fácil. Esa diferencia que, también al principio, añadía un aliciente más a una

relación que terminaría en boda. El tiempo, sin embargo, no pasa en balde. Todo lo que me atraía de ella en los primeros tiempos me deja ahora indiferente. O resignado. En cierta forma vivo en un limbo (bendita palabra que ella desconoce), apacible lugar que ni siquiera existe, paréntesis de descanso en el que ni siento ni pienso ni me permito dudas o preguntas. Un balneario, en fin, del que únicamente me ausento muy de vez en cuando. Como hoy mismo, sin ir más lejos. Cuando para zafarme de los grupos bulliciosos he querido ganar tiempo, esperar a que se largaran y explicarle a mi mujer algunas de las curiosidades que toda catedral guarda en su historia. Nada especial. Pero si lo he relatado antes con detalle (y me empeño en recordarlo ahora) es por lo que ha sucedido a continuación. Algo para lo que, me temo, no voy a encontrar palabras. Antes, sin embargo, debo dejar a Lila acercándose a uno de los grupos. Uno en el que el guía habla en italiano, precisamente. Esa debe de ser la razón por la que lo ha escogido entre otros muchos. O porque es joven como ella y probablemente guapo. No me pregunto por su súbito interés catedralicio; no me interesa. Respiro hondo y me dispongo a iniciar mi visita en solitario.

En eso estoy. Sintiéndome, más que libre, liberado. Y con un nombre que de pronto llena mi pensamiento. Emma. Con Emma todo hubiese sido distinto. Pero llevo siete años sin saber nada de ella, sin pensar siquiera en ella. Desde que conocí a Lila. Casualmente. Me alejo de los grupos y enfilo por un lateral. La catedral es inmensa. Sigo caminando al azar hasta que, en medio de un silencio sepulcral, me sobresalto al escuchar el sonido de mis propias pisadas. Miro el plano que me han entregado al entrar. No logro situarme. O el croquis está mal hecho o me he introducido sin darme cuenta en una zona prohibida a la curiosidad del público. Sin embargo no me he saltado ningún aviso ni he forzado puerta o cancela alguna. Ya ni pienso en Emma, ni en Lila, ni siquiera en que puedo disfrutar de una visita en solitario. No pienso en nada. No puedo.

Cierro los ojos y aspiro una bocanada de aire. La catedral no huele a catedral. Por lo menos en la zona en la que me encuentro. Atrás he dejado ese tufillo tan especial, mezcla de cera e incienso, característico de todas las catedrales del mundo. Aspiró de nuevo. Es un olor a limpio, a pintura fresca, a barniz. También a colada recién hecha, a sábanas secándose al

sol... Vuelvo a pensar en Emma. A recordarla. La veo de joven, de muy joven, tendiendo la ropa en una azotea. El viento agita su cabello y ella ríe a carcajadas. Yo la miro desde una ventana. Estamos en Grecia, no hemos cumplido aún los veinte años, somos compañeros de Facultad. Mucho más que compañeros. Hemos aprovechado un viaje de estudios para llegar hasta Atenas y una vez allí despedirnos del grupo y seguir por nuestra cuenta. La habitación que ocupamos tiene derecho a cocina y terrado. No necesitamos más. Ahora Emma, sin dejar de reír, me dice algo. El viento sopla con fuerza y no consigo oírla. Le pido a gritos que grite ella también. Y lo hace:

—*Il buco, il buco... BUUUCOOO...!!!!*

Pero no ha sido Emma. Tampoco el viento. Emma se aleja ahora como una imagen de película muda aunque en realidad siga inmóvil en una azotea que acaba de transformarse en andén y sea yo quien se distancie a bordo de un tren que ignoro adónde me conduce. Pero alguien ha dicho: «*Il buco, il buco, BUUUCOOO...!!!!*». Y no tardo en comprender que se trata de *ellos*, de quienes nada sé todavía y poco sabré cuando abandone el inesperado lugar en el que me encuentro. Pero los veo. Los veo con los ojos cerrados y no me producen inquietud sino respeto. Son sabios. Desprenden un aroma antiguo. A papel, libros, legajos, pergaminos. No me disgusta el olor. Intuyo que me encuentro en una gran biblioteca y abro los ojos. Curiosamente veo menos que antes. Pero me siento arropado y los oigo hablar. Primero entre ellos, luego dirigiéndose a mí. Ignoro en qué idioma nos entendemos. En todos o tal vez en ninguno. Ignoro también las verdaderas dimensiones de esta posible biblioteca inmensa. Solo sé que estoy agazapado, hecho un ovillo, rodeado de sombras. Y que el lugar en el que me encuentro se llama *buco*, aunque todavía desconozca el significado de la palabra. Un lugar en el que mi mente se agranda por momentos. El placer del conocimiento, pienso. Porque *ellos* no dudan en transmitirme su saber, en ilustrarme, en iniciarme en altas cogniciones. En adoptarme y educarme, en suma. Sigo agazapado, no he variado un ápice mi postura, pero siento, al mismo tiempo, que me conducen ante una escalera y me invitan a subir los primeros peldaños. Y es entonces cuando el placer se convierte en miedo. Porque me han instado a que defina mis creencias, a que tome partido, a que traduzca en palabras dudas,

certidumbres, conjeturas, recelos... No sé qué contestar, pero una voz que reconozco como propia pone en orden la maraña de pensamientos. Me oigo, así, decir en un tono sorprendentemente pausado que tal vez lo que llamamos Dios —o Ser Supremo o Divino Hacedor— no sea más que la respuesta a todas las preguntas, en especial a aquellas que no seremos capaces de formular jamás. Y tras un breve instante en que entreveo la satisfacción que trae consigo el conocimiento, me siento desnudo, ínfimo, insignificante. Perdido en un universo aterrador. Aplastado por la Inmensidad. Y por primera vez en mi vida sé lo que es el pánico. Y el frío. Y luego ya no sé nada porque ni siquiera soy. Pero entonces *ellos* con sus voces armoniosas me confortan. No importa lo que me digan; en realidad no presto atención a sus palabras. Poco a poco vuelvo a la conciencia de mi ser. Nazco de nuevo y me siento feliz, realizado, limpio. Nada deseo porque todo se encuentra en mí.

En este punto el recuerdo se emborrona. Confundo voces, estados de ánimo, sentimientos. Creo que me invitan a permanecer con ellos. No estoy seguro. Sigo sin verles los rostros; son solo sombras. Y de repente me acuerdo de ella. De Lila. Debe de estar desesperada buscándome a lo largo y ancho de esta catedral a la que la he traído casi a la fuerza. La veo pequeña, llorosa, más desprotegida todavía de lo que he estado yo hace ya un buen rato. Digo simplemente: «No puedo». Y salgo. Ahora me pregunto cómo lo he hecho. No logro reconstruir el momento. Miro hacia atrás y me reconozco ya de pie, andando, rompiendo el silencio sepulcral con mis pisadas, algo mareado y entumecido. Aspiro el inconfundible olor a pintura fresca. Y leo un cartel en varios idiomas: ZONA EN OBRAS. PROHIBIDO EL PASO.

Regreso a la nave principal. Lila está mirando el reloj. Pero no parece inquieta. Se encuentra todavía junto al grupo de turistas del país. O mejor, ahora *forma parte* del grupo. Ha ido ganando posiciones hasta colocarse al lado del guía. En este instante ella dice algo, se echa a reír y el guía se le une con una carcajada. Yo también miro el reloj. No puedo creerlo. Inexplicablemente apenas ha pasado media hora desde que decidí iniciar mi visita en solitario. Me apoyo en una columna y espero. Espero a que

Lila, siempre en el grupo, recorra la nave y espero sobre todo a ordenar mis ideas y recuperarme de la extraña peripecia que acabo de vivir y a la que todavía no puedo dar crédito. «Puede, si lo desea, ordenar sus pensamientos por escrito», recuerdo de pronto. Y recuerdo también un montón de consignas sobre lo que puedo, debo o sería conveniente hacer. «En lo posible». Siempre «en lo posible». Y puedo regresar, claro que puedo. «Cuarenta y cinco horas, etc., etc., etc., etc.». No sé en qué momento me han impartido ese particular inventario de sugerencias. Tal vez antes de abandonar el *buco* o en el instante mismo de volver a escuchar mis pisadas sobre el mármol. Poco importa ya. Lo primordial es que aguante el tipo, me comporte de la forma más natural posible y luego ya se verá. En cuanto me quede a solas intentaré encontrar una explicación a lo ocurrido. Ahora no. Ahora Lila mira en torno, me descubre pegado a la columna y me hace un gesto con el brazo. Enseguida se despedirá del guía, le estrechará la mano y acudirá sonriente hasta donde me encuentro. No nota nada. Tomamos un taxi. En el trayecto pienso que no debo pensar. Todavía no. Pero me enorgullece aceptar que, después de todo, me he comportado como un perfecto caballero. Le prometí a Lila acompañarla a la *Settimana della Moda* y en eso estoy. Al llegar nos sentamos donde dije antes y me pongo a escribir. Ahora, al recordarlo, pienso en la chica dulce y cariñosa que conocí hace siete años. La Lila de entonces jamás me hubiera espetado con voz agria: «Deja ya de escribir, Bruno». Tampoco le hubiera importado lo más mínimo la remota posibilidad de que alguien nos estuviera mirando. La Lila de hoy duerme ahora profundamente en una cama doble que ocupa por completo. Y ronca. La Lila de hoy, por si hace falta dejarlo más claro todavía, no es lo mejor de todo lo que me haya podido suceder en la vida.

Probablemente sea injusto y egoísta. El tiempo ha pasado para los dos y si nuestra relación, a ratos, me produce tedio, es más que probable que también ella, a su manera, sienta desgana o puro desinterés hacia todo lo que soy y hacia todo lo que pueda contarle. No olvido el bostezo apenas disimulado con que me obsequió en el restaurante. Ni el «Ya» cortante con el que, en la catedral, me obligó a desistir de mi parlamento. Ni, menos aún, la mirada vidriosa, cruel, desencantada que ha tenido a bien

dedicarme hace apenas unas horas, segundos antes de caer rendida en la cama. *Un buco nell'acqua...*

Busco en Google el significado de la expresión, si es que lo tiene. Lo encuentro enseguida; no me sorprende. Nuestra relación no lleva a ninguna parte. Absurda e imposible como un agujero en el agua. Fracaso total. Vía muerta. Eso pretendía decirme. Por una vez Lila no ha podido ser más explícita.

Me ducho y afeitado cuidando de hacer el menor ruido posible. Me visto. Lila sigue durmiendo. Voy a dejarle una nota. Estoy tan cansado que mecánicamente he mojado la plumilla en el dichoso *inchiostro invisibile*. Caigo en la cuenta a tiempo. «Lila», escribo ahora con un bolígrafo. «Salgo a dar una vuelta. Quedamos para almorzar a eso de las doce». Ni firmo con mi nombre por innecesario ni me despido con el beso de rigor porque no me apetece. Trazo una raya y dejo la habitación cerrando la puerta de nuevo con mucho cuidado. Todavía no es la hora del desayuno-bufet; no importa. Me conformo con un café bien cargado y un par de pastas. La catedral no abre hasta las ocho, buena excusa para acercarme caminando y poner orden en mis pensamientos. Llego en el preciso momento en que dos empleados cubiertos con idéntico guardapolvo abren el inmenso portalón de entrada. Accedo al templo con cierta solemnidad. Los empleados en los extremos apuntalando la puerta y yo en el centro como un cardenal o un obispo. Una tontería, otra más. Porque lo cierto es que, mientras avanzo en la soledad más absoluta por la nave principal, todo, desde que llegué a esta ciudad, se me antoja una estúpida fantasía. Además, ¿por qué he venido hasta aquí? Durante el camino mis pensamientos se han ordenado por sí mismos, como si no me necesitaran, como si pudieran prescindir de mí en cualquier momento. Una sensación extraña. Yo era únicamente su soporte, no existía en realidad: ellos, en cambio, los pensamientos, sí *existían* y sí *eran*. ¿Otra fantasía? He llegado al rincón donde ayer por la tarde intenté vanamente interesar a mi mujer en leyendas, relojes, higueras milagrosas, signos masónicos grabados en los muros... Una asociación inevitable me viene a la cabeza, o, mejor, me vuelve porque ya los pensamientos la han deducido durante el camino. De ahí, de los muros parlantes, sale todo ese rollo de «cuarenta y cinco horas, cuarenta y cinco minutos, cuarenta y cinco segundos» (que ahora no

recuerdo a santo de qué venía) y la críptica sabiduría, digamos, de la que me sentí —o creí sentirme— rodeado en el *buco*. Un pequeño cálculo me lleva a situar el término del plazo —suponiendo que se trate de un plazo— de esas horas, minutos y segundos. Si abandonamos la catedral a eso de las tres de la tarde del día de ayer, viernes, el supuesto plazo concluiría mañana domingo al mediodía y poco más. Estupendo. A esa hora nos encontraremos en el interior de un taxi o ya en el aeropuerto tomando la copa de rigor antes del embarque. Más claro el agua. Porque el autor de la consigna no ha podido ser otro que yo mismo, a quien nada se le ha perdido en M\*\*\* y ansía secretamente el momento de regresar a casa. Tortuosos senderos los del cerebro. ¿Por qué no? Pero ¿qué hacía Emma, de repente, ocupando mis recuerdos después de siete años de ausencia? También los pensamientos (ya no me atrevo a decir *mis* pensamientos) han encontrado durante el camino la asociación correcta. Lila y su premio de Fin de Curso para visitar M\*\*\*; Emma y yo juntos en el viaje del Paso del Ecuador de la Facultad. Yo, en la catedral, me llevo a Lila a un rincón para distanciarnos de los grupos de turistas; Emma y yo en Atenas nos separamos del grupo de compañeros para vivir libres nuestro amor. Bien, pero si lo tengo todo tan claro, ¿por qué no regreso al hotel y me meto de una vez en la cama? Porque no es cierto. No todo está tan claro. Por eso ahora los pensamientos vuelven a pertenecerme, abandono la nave principal, el olor a incienso y cera, e intento perderme de nuevo en busca del *buco*. No sé cuánto tiempo ando desorientado oyendo mis pisadas sobre el mármol, pero todo lo que encuentro es el letrero: ZONA EN OBRAS. PROHIBIDO EL PASO. Y de nuevo aspiro el olor a pintura fresca y a barniz. El olor a limpio.

Regreso a la nave principal. Otra vez los grupos de turistas. Como ayer y supongo que como todos los días. Me dispongo a salir, pero veo que está lloviendo a cántaros. No he sido previsor. Los visitantes, en cambio, van perfectamente equipados. Paraguas, chubasqueros, gabardinas... Casi todas las mujeres visten gabardina. Como Lila ayer. Casi todas de pronto se parecen a Lila. Me apoyo en una columna, también como ayer. Solo que hoy un penetrante olor a humedad lleva camino de opacar el ya familiar

aroma a cera e incienso. La catedral se me aparece ahora desangelada e inhóspita. Pienso en un hangar. En un caserón abandonado. Pienso sobre todo en que debo tomar una decisión. Lila empieza a obsesionarme. Recorro con la mirada las múltiples gabardinas y me detengo en una de ellas. También, para variar, se parece a Lila. La chica en cuestión lleva una prenda tan ajustada al cuerpo como la que vestía mi mujer ayer. Dejo la columna y me acerco al grupo. Pues no. No me recuerda a Lila. Es Lila.

Demasiado tarde. He sido descubierto y ya no puedo volver sobre mis pasos. En nuestros ojos acaba de dibujarse el mismo interrogante: «¿Qué haces *tú* aquí?». No hay tanta sorpresa como repulsa en la pregunta. Uno de los dos no debería estar aquí. Ella. ¿Desde cuándo se interesa por las catedrales? Ahora se separa del grupo y se despide del guía con un gesto. Salimos. No parece de buen humor. «¿Era el mismo guía de ayer?», me oigo preguntarle y enseguida me arrepiento. Ella ni afirma ni niega, solo me corrige: «*Tour leader*». O sea que sí. Era el mismo. Un *tour leader* debe de ser muchísimo más que un simple guía. Creo que se da cuenta del desliz porque enseguida cambia de tercio. «Sabía que te encontraría aquí. Por eso he venido». ¡Bravo!

Lila ha sido rápida. No lo niego. Aunque el mohín de disgusto la traiciona. Hago como que no me doy cuenta. Estoy cansado. La noche en vela me pesa ahora como una mochila cargada de piedras. Solo pienso en acostarme. Tomamos un taxi. Al llegar al hotel me tumbo en la cama. «Lo siento», digo. «Me temo que tendrás que almorzar sola». Y entonces ella frunce los labios. Aunque ¿lo he visto antes de cerrar los ojos?, ¿o lo he soñado? No pretendo que mi mujer haya ahogado un grito de júbilo o se haya puesto a saltar como una colegiala. Mi mujer se ha limitado a fruncir los labios. Nada más que eso. Pero a mí, dormido ya o despierto aún, no me ha pasado desapercibido el detalle. Lila entre dientes ha murmurado: «¡BIEN!». Y un brillo de alegría o de emoción ha asomado a sus ojos. La dejo así. Alegre, emocionada y también muy guapa. Creo que ya lo mencioné en otro momento. La emoción le sienta estupendamente. Pero eso ahora es lo que menos me puede importar del mundo. Ahora solo pienso en dormir. O en seguir durmiendo.

Duermo, sí. Pero no descanso. Me incorporo, miro el reloj, compruebo que ha oscurecido y tardo aún un buen rato en reconocer la habitación y recordar dónde me encuentro. Lo consigo al fin y lo asumo. Sigo en M\*\*\*. Vaya. Un fin de semana que no acaba nunca. O sí, mañana por fin. *Mañana* se me aparece como una palabra mágica. *Mañana*. Voy a contar las horas que faltan para *mañana*, pero, cuando empiezo a hacerlo, me oigo repitiendo como un mantra «cuarenta y cinco horas, cuarenta y cinco minutos, cuarenta y cinco segundos». Una interferencia irritante. Y me pregunto, por primera vez, qué tendrá ese número de especial para que aparezca repetido en horas, minutos y segundos. Lo multiplico por tres: ciento treinta y cinco. La cifra me gusta más, pero eso es todo. No soy experto en numerología ni nunca me ha interesado penetrar en el significado secreto de los números, si es que lo tienen. Hasta ayer, por lo menos. Desde ayer todo es distinto. Y enseguida comprendo el cansancio que me domina a pesar de haber dormido. Porque he tenido un sueño trabajoso e ingrato. Un sueño en el que no ocurría nada en especial ni podría tampoco considerarse una pesadilla. Pero yo me obligaba a recapitular, a repetir como un loro todo lo que me había sucedido desde que entrara por primera vez en la catedral. Un repaso exhaustivo. Como si estuviera preparando un examen. Igual. Antes, en mi época de estudiante, me ocurría con relativa frecuencia. Soñaba, el día antes del examen, con la materia de la que debía rendir cuentas y me levantaba eufórico, seguro de pasar con éxito la prueba, solo que a veces —y ahí estaba el peligro— el sueño podía mostrarse creativo en exceso. Me ocurrió en una ocasión con Derecho Administrativo. Había amanecido pletórico de ideas claras y precisas, pero cuando, ya en el aula, me disponía a desarrollarlas sobre el papel, fui dándome cuenta con asombro de que aquello que creía dominar no era más que un solemne disparate. Tenía su lógica, eso sí. O la tuvo hasta el momento de plasmarse en el papel. El sueño había creado... ¡un nuevo ordenamiento jurídico! Un conjunto de normas sistemático, coherente, perfectamente orquestado —o eso creía yo— mientras duró, pero del que muy pronto tampoco podría dar cuenta alguna porque las leyes, reglamentos, tratados o recursos se evaporaban o diluían como el humo. Aún recuerdo las carcajadas de Emma cuando se lo conté. Sí, lo recuerdo bien, y no se me oculta que, de nuevo, vuelve a aparecer Emma

en mis pensamientos. Una evocación recurrente desde que llegué a M\*\*\*. Tal vez, interpreto ahora, una simple cuestión de contraste. Con Emma (¡otra vez!) no hacía falta hablar para entendernos; con Lila hay que repetirlo todo como si fuera extranjera o estuviera sorda. Con una salvedad. La de esta mañana en la catedral cuando sus ojos, en perfecta sincronía con los míos, han lanzado al aire la pregunta compartida: «¿Qué haces *tú* aquí?». La cosa tiene su gracia, después de todo. Y sus dosis de razón al mismo tiempo. Porque ¿qué hago yo con una extranjera sorda asistiendo a esta *Settimana della Moda* que me importa un bledo? O, simplemente, ¿qué hago yo? Y en la respuesta que no me atrevo a dar tendrían que aparecer cualidades tan reconocibles como cobardía, pereza, abulia, conformismo... Y la complaciente paz del limbo. De mi limbo. Mi balneario particular. Ese refugio en el que, puestos a abrazar el ocio, ni siquiera se piensa. Pero algo ha ocurrido aquí, en esta ciudad de la que omito el nombre, que no va a disolverse ni esfumarse como me ocurrió de estudiante con la asignatura inventada en sueños. El *buco*. Es posible que exista un *buco* en todas las catedrales del mundo. Y en las sinagogas. Y posiblemente también en las mezquitas. Se llame *buco*, agujero, *forat*, *hole*, *loch*, *buraco* o lo que sea. Y es posible también que alguien, en algún rincón de la Tierra, haya tenido o quizás *tenga* en este mismo instante una experiencia idéntica a la que yo he vivido. ¿Por qué iba a ser yo una anomalía? ¿Una excepción a la que graciosamente se le ha permitido penetrar en los secretos del mundo? Porque aunque ahora no encuentre las palabras, sí hubo un momento en que fluían por sí solas. Palabras que nombraban lo que nunca se me había dado nombrar. Y comprendían. Comprendían conceptos como Infinito, Absoluto, Eterno, Inmensidad. De ahí mi indefensión, el miedo. Pánico que revivo de nuevo y para el que me faltan las palabras. Pero también Consuelo. Con *ellos*. Entre *ellos*. Como si por unos instantes fuera yo también uno de *ellos*. Y, de pronto, la felicidad, la satisfacción extrema. Ese estado imborrable en el que nada deseaba porque todo estaba en mí.

*Estaba*, cierto. Pero ahora yo me limito a repasar otra vez la lección como un antídoto contra el olvido. No quiero pensar que tal vez sufrí un desmayo. Una pérdida de conciencia en la que viví un sueño estrambótico y potente. Imposible. Ni una mota de polvo o tierra en el traje o en los

zapatos que hablaran de un descuido o de una caída. Lila lo hubiese detectado al instante. La misma Lila que ahora entra en el cuarto, enciende la luz y me mira con asombro:

—¿Todavía en la cama? ¡Vístete enseguida! ¿O es que quieres que lleguemos tarde a la cena?

Ahora resulta que tenemos una cena. O no lo sabía o lo había olvidado por completo. Me inclino por la primera posibilidad. Lila ha evitado estos días la simple mención de la cena; ella sabe por qué. No me gustan las cenas de compromiso y menos aún las cenas con desconocidos. En la de esta noche se dan los dos supuestos. La red de escuelas de italiano organiza un fin de fiesta entre los premiados de distintos países y sus circunstancias. Yo soy la circunstancia. Lila insiste en que lo habíamos hablado ya en Barcelona sin que yo, entonces, hubiera opuesto la menor objeción. Miente, pero tampoco se muestra demasiado contrariada. Es más, cuando le comunico que me encuentro mal, que prefiero quedarme en la habitación, pedir un platillo ligero y volverme a la cama, lo acepta sin problemas. ¿Existirá realmente la supuesta cena? Ahora me da la espalda y abre el armario. Lo hace con suma lentitud como si más que preguntarse por el vestido adecuado se encuentre estudiando una idea, pergeñando un plan. «Por cierto...», dice sin volverse, y en su tono adivino que, si bien la cena puede responder a la verdad, no se podría decir lo mismo de lo que está por anunciar y que todavía ignoro. Y lo suelta: «Han llamado esta tarde. Me ofrecen la posibilidad de quedarme unos días más». Ya está dicho. Ahora sí me mira. Brevemente. Estrujando un vestido que, de seguir así, no va a poder lucir esta noche. Ha precisado «quedarme». Ella sola, sin su circunstancia. «¿Han llamado?», pregunto como si estuviera interesado. «¿Quiénes han llamado?». Parezco idiota. O eso es lo que escupen ahora sus ojos cada vez más decididos. «Los organizadores. ¿Quiénes si no? Les he dicho que tenías trabajo en el despacho, pero que yo podría arreglármelas». Hasta aquí perfecto. Pero ahora empieza a liarse. Habla y habla. No para de hablar. No me queda claro si la han llamado a su número de móvil, si la han llamado al del hotel o si nadie ha llamado a nadie y conoce la propuesta por un súbito saber innato, una oportuna ciencia

infusa o una habilidad repentina para descifrar mensajes telepáticos. *Excusatio non petita*... Y lo cierto es que su descontrol me ha producido una inesperada ternura. Bien, Lila se va a la cena, hago la maleta y pido que me suban un club sándwich y un buen vino. Luego intentaré dormir. ¡Qué ganas de que sea ya *mañana*!

Hoy ya es *mañana*. Estoy en la calle, tirando de un *trolley* que no pesa y que debo cuidarme de no olvidar en cualquier esquina. Ayer dormí como un bendito. Ni siquiera oí a Lila cuando regresó de la cena. Esta mañana me he duchado y vestido en silencio para no despertarla, suponiendo que estuviera dormida. No lo creo. Cuando iba a abandonar la habitación, me ha parecido que apretaba los ojos. Como una cría. Lila es una cría que apretando los ojos finge dormir para no verme porque se sabe en falta. Pobre Lila. Yo en cambio, tras un café bien cargado —todavía no servían desayunos—, me he sentido liberado de cargas, y ataduras, con el mejor de los ánimos para abandonar el hotel cuanto antes y darme un pequeño paseo por la ciudad. En realidad no es un paseo. Mis pasos siguen un trayecto y tienen un destino. Repito el camino que me llevó hace tan solo un día a visitar la catedral por segunda vez. Hoy será la tercera. Llego como ayer en el preciso instante en que los dos hombres cubiertos con idéntico guardapolvo abren el inmenso portalón de entrada. Pero no acierto a entrar con la ridícula solemnidad que recordaba o quizás los dos empleados no han guardado hoy la perfecta simetría que hubiera deseado. Cuestión de segundos, seguramente. Muchas cosas en la vida —hasta tonterías de este calibre— dependen de segundos. En cualquier caso, aquí estoy otra vez, avanzando por la nave principal en la soledad más absoluta, sin ánimo de explicarme nada que no sepa ya. Pero sí de mantenerme firme en mis objetivos. En Barcelona, ya en casa, trazaré el itinerario de lo que sin duda va a ser mi nueva vida. Recorrer países y catedrales en busca tanto del *buco* como de las personas que, al igual que yo, estén buscando el *buco*. Esta es la senda que debo seguir; mi doble propósito. Lo he visto claramente durante el camino. Y ahora rindo a la catedral de M\*\*\* una visita de cortesía. Aquí empezó mi viaje. Nobleza obliga. Abandono la nave principal e intento perderme por las otras sin comprobar si constan en

el plano o el folleto sigue empeñado en ignorar su ubicación y su existencia. Me detengo ante el aviso: ZONA EN OBRAS, y le hago una foto. Quién sabe cuántas imágenes de ZONA EN OBRAS y cuántos idiomas va a contener el álbum que inauguro ahora mismo. Y sigo caminando. Descubro capillas en penumbra, imágenes olvidadas, cepillos arrumbados en los que apenas se puede ya leer la advocación o el santo. Es tan temprano que hoy, domingo, todavía no han empezado las misas. Me gusta pasearme en soledad. Únicamente en un momento me cruzo con un jorobado de pequeña estatura que intenta apresurar el paso bregando con una pierna renqueante. Le supongo sacristán y le adivino también, con una seguridad sobre la que no me hago preguntas, portador de suerte. Y es en este instante cuando suenan las campanadas de la catedral y asombrado e incrédulo miro mi reloj. Son las doce. ¿Ya? Mediodía. La primera parte del plazo: «cuarenta y cinco horas, cuarenta y cinco minutos, cuarenta y cinco segundos». El tiempo en este santo lugar no obedece a cálculos convenidos. Lo constato por segunda vez. Se contrae o se dilata a su puro antojo. Pero lo cierto es que he empezado a sentir un nerviosismo creciente a la altura del estómago. Cierro los ojos. ¿Qué prodigio espero encontrar en cuanto los abra? Ninguno. Lo sé de sobra y me avergüenzo. Estoy comportándome como un demente. Vuelven a sonar las campanadas en mi cabeza y el nudo nervioso se concentra ahora en un temor concreto: perder el avión. Abandono precipitadamente el templo —la nave principal se ha llenado de fieles—, distingo un taxi frente a la puerta y subo resoplando como si me fuera la vida en ello. «¡Al aeropuerto!», mascullo entre jadeos y solo ahora caigo en la cuenta de mi buena estrella. Un taxi a la primera. Un coche detenido, único en la parada, como si estuviera esperándome solo a mí. Y, encima, el conductor. Un hombre silencioso, dato que aprecio, pero también un auténtico *nuvolari*. Corremos —o, mejor, volamos— dejando atrás la ciudad de M\*\*\*. Una letra mayúscula y tres asteriscos. El fin de semana más inverosímil y al tiempo más lúcido de toda mi vida. Y llegamos. Cruzo el vestíbulo a grandes zancadas y me pego al mostrador junto a la puerta de embarque. Soy el primero. Todavía no se ha formado la cola. Mejor. Miro mecánicamente el reloj. Las doce y media. «Casi...», me digo, recordando lecciones aprendidas y recitadas en sueños hasta la saciedad. Pero en ese preciso instante noto que me falta

algo. No tardo en averiguar de qué se trata. La maleta. He olvidado el *trolley* que no pesa en un rincón cualquiera de una catedral inmensa. Y con él el montón de folios escritos con *inchiostro simpatico* cuando intentaba ordenar los acontecimientos del día. ¿Una treta del destino para que regrese al lugar de los extraños sucesos? Me encojo de hombros. Da igual. Lo imprescindible —documentación, dinero, llaves— sigue a buen recaudo en mi americana. Y me siento feliz así. Libre, ligero, dispuesto a volar... No es un chiste fácil. Ahora una voz nasal llama por megafonía a los pasajeros del vuelo del que yo formo parte. Y aquí estoy. El primero de la larga cola que se ha formado en unos instantes. Voy a entregar pasaje y DNI cuando creo que algo acaba de caérseme del bolsillo. Me inclino para recogerlo, no sé todavía lo que es. Pronto lo descubro. Un papel, un impreso. El folleto con plano incluido de la catedral de M\*\*\*. Me he quedado absorto. ¿Otra pista para que desande camino y regrese al lugar del que no debí salir? Agachado aún recojo ahora el folleto mientras de reojo compruebo la hora de mi reloj. Las doce y cuarenta y cuatro. Casi, me digo, casi... Y vuelvo al folleto. Distingo un interrogante, un aspa en una de las naves y la pregunta «¿*Il Bucu?*». No recuerdo haber escrito nada de eso, aunque tampoco me sorprende demasiado. Mi capacidad de asombro ha llegado hace ya mucho a su propio límite. Pero enseguida, mientras me incorporo, descubro una mano, blanca y delicada, una mano que ha aparecido de pronto entre mis ojos, el folleto y el reloj, y que permanece abierta, como si esperara algo o reclamara la propiedad de lo que es suyo. Oigo «Gracias» y siento un estremecimiento. Mi bolsillo, lo compruebo ahora, sigue custodiando el impreso. El mío. No el de la mujer que en este instante troca su sonrisa de agradecimiento en una mueca de sorpresa. No se me ocurre decir «¡Qué coincidencia!» o «Vaya casualidad». No se me ocurre decir nada de nada. Por unos instantes me creo en la catedral, en la nave perdida. Siento miedo; siento felicidad. Y huelo a pintura, a limpio, a sábanas secándose al sol. Huelo a Grecia. Ella murmura sonriendo mi nombre y yo solo acierto a balbucear el suyo. E-m-m-a.

Subimos juntos al avión. Emocionados. En silencio. La Gran Aventura, lo sabemos los dos, empieza ahora.

Candela Viva

A punto había estado de desmayarse. Y también de que la atropellara un coche. Aunque tal vez lo mejor sería respetar los tiempos y proceder con orden. Reconocer, para empezar, que andaba despistada, perdida en sus pensamientos, cuando un coche frenó en seco a escasos palmos y a ella, del susto, se le nubló la vista. Pero no llegó a caer ni a perder el sentido ni tampoco a requerir atención o cuidado alguno. El conductor se limitó a dedicarle unas cuantas lindezas desde la ventanilla. «¡Estúpida! ¡Cretina! ¡Loca!...», y Jana se excusó encogiéndose de hombros. La culpa era del calor. De ese sol deslumbrante que impedía distinguir semáforos y colores. Y del agobio. Los periódicos no paraban de arrojar cifras vertiginosas. Incendios, campos agostados, muertes súbitas de ancianos y niños, temperaturas alarmantes más propias de un verano extremo que de una recién iniciada primavera. *La ola de calor más intensa en lo que va de siglo.* Se pasó la mano por la frente y terminó de cruzar la calle a paso ligero. Ya en la acera respiró hondo. Debía andarse con más cuidado. Todos deberían andarse con más cuidado. O quedarse en casa, a buen recaudo, como aconsejaban hora tras hora desde la radio. Todavía se sentía un tanto mareada. Buscó la sombra del balcón más cercano y sacó el abanico del bolso. Aunque ¿tenía sentido darse aire si el aire ardía? No llegó siquiera a abrirlo. Algo, de pronto, al otro lado de la calle que acababa de cruzar, concentró toda su atención. Un rótulo. El nombre en grandes caracteres de lo que parecía un pequeño comercio: CANDELA VIVA.

Llevaba casi cincuenta años viviendo en el barrio, había pasado infinidad de veces por el mismo lugar (hacía apenas unos minutos, sin ir más lejos) y no podía estar más que segura de que jamás hubo allí comercio alguno con este o con cualquier otro nombre. A no ser que... Por un momento le gustó pensar en lo imposible. Recordar las viejas series de televisión que tanto le fascinaban, una en concreto, en blanco y negro, un episodio que ahora, sin embargo, se sentía incapaz de situar. Hitchcock, probablemente. «La hora de Alfred Hitchcock» o «Hitchcock presenta». Aunque tal vez se estuviera confundiendo y el episodio en cuestión

perteneciera a «Dimensión desconocida», la inolvidable *Twilight Zone* repuesta infinidad de veces en todas las televisiones del mundo. Daba igual. Lo esencial es que recordaba a la perfección el punto de partida. Una tienda fantasma. Un establecimiento de artículos de magia cuya existencia únicamente podían detectar determinadas personas, un crío en aquel caso. Un *elegido*. Aunque ¿por qué no dejarse de fantasías y pensar en un negocio recién inaugurado? Parecía plausible. Una tienda que acababa de abrirse al público. Pero ¿cuándo? ¿En aquel mismo instante...? De cualquier forma le apetecía ver de qué se trataba. Candela Viva. ¿Una cerería?

Volvió sobre sus pasos, cuidando esta vez de respetar los semáforos, y se detuvo frente al pequeño escaparate del negocio: una simple ventana en la que parecía reverberar no ya el sol deslumbrante de la calle, sino toda la luminosidad del mundo. Haciendo visera con la mano distinguió velas, cirios, palmatorias, candelillas de cera y velones aromáticos, todo ello dispuesto en un orden que se le antojó militar, unas cohortes perfectamente alineadas y preparadas para entrar en batalla. Distinguió también, pendiente del techo, una vetusta lámpara de aceite. Y ya poco más. No era una cerería de nuevo cuño, como no demasiado convencida había aventurado momentos atrás. Muy al contrario. Se diría que siempre estuvo allí, sin nada en el exterior que la distinguiera de las casas vecinas, tan integrada en el entorno que solo ahora se explicaba el hecho de que le hubiera pasado inadvertida. La única innovación debía de ser el rótulo. Un anuncio llamativo. Y eficaz. Empujó la puerta.

El tintineo de unas campanillas la trasladó a tiempos casi olvidados. Pequeños comercios en pueblos perdidos, zaguanes de viviendas transformados en tiendas, establecimientos sin nombre en los que tanto se podía adquirir un alfiler como una aspirina. Y tras el aviso de las campanas delatoras lo más probable es que apareciera un hombre rezongando. O una mujer secándose las manos en un delantal. Los dos muy viejos y cansados, arrancados a regañadientes de sus rutinas. La impresión del recién llegado se columpiaba, entonces, entre la curiosidad y el embarazo. Más que cliente se sentía invasor, intruso. Como ella en aquel mismo instante, penetrando en una pieza en penumbra, aspirando un curioso aroma a cera vieja y a mechas desgastadas, admirada de no encontrarse en el humilde

bazar de una aldea remota, sino en pleno centro de la ciudad. De su ciudad. Muy cerca de su casa. En un modesto establecimiento en el que, según toda apariencia, lo que menos podía importar era promocionar la mercancía o atender al cliente. Vender. Miró hacia la ventana. El resplandor cegador de la calle hizo más patente aún la oscuridad de la pieza. Pero también el frescor. Un frescor natural que no podía provenir de cualquier aparato al uso. Una temperatura reconfortante y saludable. Un ambiente, se le ocurrió de pronto, *antiguo*. Como las campanillas en el quicio de la puerta o la misma ventana oficiando de aparador.

—¡Hola! —dijo, aunque no era tanto un saludo como un interrogante—. ¿Hay alguien aquí?

Sus palabras, como única respuesta, levantaron un eco ligero, una tímida resonancia. Por un instante dudó entre regresar al bochorno del día o esperar pacientemente, sin moverse, a que alguien la atendiera. Se decidió por la segunda opción. Esperaría. Lo justo para recuperarse del calor y disfrutar de ese inesperado oasis. «Candela Viva», recordó. Pero, curiosamente, ahora el nombre no le pareció extraño sino familiar. Un nombre de toda la vida.

—Aquí —oyó de pronto.

Aguzó la vista. Al fondo de la pieza, tras una mesa que hacía las veces de mostrador, distinguió una silueta alta y delgada. No supo al principio si se trataba de un hombre o de una mujer. La voz había sonado ronca, un tanto áspera.

—¿En qué puedo ayudarla?

Era una mujer. Lo descubrió poco a poco, a medida que la silueta en sombras iba encendiendo, con toda la calma del mundo, las velas de un candelabro de tres brazos. Una mujer alta, espigada. Vestía un escotado traje de satén negro y sus movimientos eran pausados, armoniosos. Cuando le llegó el turno a la última vela, Jana constató, además, que llevaba el cabello recogido en un moño austero y tenía las manos blancas y estilizadas. Le gustaron sus manos. Y sus dedos eternos. Le gustó, sobre todo, encontrarse ahora allí, a media luz, lejos del agobio de la calle, disfrutando de una temperatura milagrosa. La mujer, con un gesto, le ofreció una silla y ella, sin dudarle un instante, la aceptó complacida. Solo entonces cayó en la cuenta de que debía intervenir. Estaba en un comercio,

una cerería, y lo que se espera habitualmente de una persona que entra en un comercio, sea o no sea una cerería, es que compre, necesite o desee preguntar algo. Se sintió en falso. Una mezcla de curiosidad y sorpresa la había empujado hasta la puerta. Pero ahora debía intervenir. Velas flotantes... ¿Por qué no? Hacía tiempo que no las encontraba en el barrio y siempre le habían gustado las velas flotantes. Iba a pedir las, pero casi sin darse cuenta se oyó decir:

—Se está bien aquí.

La mujer asintió con una sonrisa.

—Temperatura de botijo —dijo sentándose frente a Jana—. Como en las cuevas, las bodegas, los sótanos... Me alegro de que le guste.

Era amable. Hablaba despacio, muy despacio, como si el tiempo solo rigiera más allá de las campanillas de la puerta y Jana se encontrara allí simplemente de visita. O tal vez esa mujer alta, espigada, de voz ligeramente ronca, modales pausados y gestos armónicos, harta de regentar un negocio invisible, estuviera encantada con la posibilidad de conversar. Como ahora con ella.

—Me llamo Jana —dijo al fin—. Vivo muy cerca de aquí, a dos manzanas, y nunca, al pasar, me había fijado en su tienda.

—Pero hoy, al fin, la ha descubierto, ¿no? Les ocurre a todos. Mis clientes...

Notó un deje de orgullo al pronunciar *mis clientes*. Cierta delectación. Y de alguna manera se sintió elegida. Como el crío de la tienda mágica de Hitchcock o de *The Twilight Zone*, ¡qué podía importar! La cerería debía de tener una clientela tan reducida como fiel. Gentes que, al igual que ella, reparaban un buen día en este comercio singular y desde entonces pasaban a formar parte de una pequeña familia. El orgullo era recíproco, de eso estaba segura. Aunque ¿cómo podía subsistir una cerería de estas características? Tenía que tratarse, a la fuerza, de un negocio ruinoso.

—No crea —dijo la mujer sonriendo—. La lista es interminable. La clientela no para de fluir...

No se sorprendió demasiado de que la mujer, como si leyera sus pensamientos, contestara a una pregunta que no había llegado a verbalizar. Supuso que más de un antecesor, más de un miembro de esa familia que

inopinadamente se revelaba «interminable», debió de formularla en su día. Iba a decir «Me alegro». Pero no llegó a hacerlo.

—Bueno, estábamos en las presentaciones. Usted era... Jana, ¿no es cierto...? Yo me llamo Candela.

El nombre no pudo parecerle más adecuado. Ahora la mujer volvía a sonreír y Jana la miró con detenimiento. Era hermosa. O, más que hermosa..., ¿especial? Tal vez la palabra adecuada sería «atractiva». O también «extraña». En todo caso no se sentía capaz de aventurar su edad. Las mujeres con la rara belleza, atractivo o singularidad de Candela no tenían edad. Solo presencia.

—¿No me va a preguntar por qué la tienda se llama «Candela... Viva»?

De nuevo sus antecesores. Esos clientes que «no paraban de fluir». Seguro también que a más de uno se le habría ocurrido un chiste fácil. La mujer, como hacía un momento, acababa de presentarse: «Mi nombre es Candela». Y el gracioso de turno no tardaba ni dos segundos en afirmar: «¡Y está Viva!». Se encogió de hombros. Era como decir: «No, no iba a preguntarle nada».

—Pues yo sí. —De nuevo la mujer parecía leer sus pensamientos—. ¿Es usted aficionada a los dichos?

Volvió a encogerse de hombros. Pero esta vez lo hizo casi obligada. Como si ese gesto, precisamente, fuera lo que la mujer estuviera esperando. Por un momento tuvo la sensación de encontrarse en el patio de butacas de un teatro. La actriz había abandonado el escenario y se disponía a pasear entre las filas e interrogar interesada al público. Fingía. Porque la actriz, como Candela, tenía su guion preparado. O su chiste. El silencio apenas duró unos segundos.

—«Alegría secreta, candela muerta»... «Alegría amagada, candela apagada».

No había sido una impresión pasajera. Estaba en un teatro. La función había empezado en el mismo instante en que las campanillas delataron su presencia. La llegada del espectador. Del público. Ella, hoy, era el público. Uno de los *innumerables* clientes de la lista. Y Candela una actriz frustrada. O, tal vez, todo lo contrario. Una actriz vocacional sentada en un escenario en penumbra, día tras día, esperando la hora de la verdad. El

momento de su actuación. Los minutos en los que —¡por fin!— iba a realizarse plenamente. Recordó la voz ronca, incluso áspera, de sus primeras intervenciones. Una voz que iba aclarándose por momentos. La voz de una mujer que lleva horas, días, sin hablar con nadie. Y su inesperada aparición. Estudiada al milímetro. Mostrándose poco a poco, a medida que encendía las velas del candelabro. Un candelabro de tres brazos, con sus tres velas, que ahora, reconfortada ya por el frescor, olvidada del bochorno de momentos atrás, recordaba como una acertada introducción a la escena. A la función. A esa obra en la que lo fundamental estaba ya perfectamente pautado. Los tiempos, las preguntas, la armonía de los gestos y las previsibles respuestas del espectador. No se había equivocado del todo. En cierta forma ella, Jana, era una elegida. Y Candela una actriz. O, en el peor de los casos, tan solo una excéntrica.

—No entiendo —se atrevió a decir.

La mujer no se inmutó. ¿Estaba previsto que el espectador dijera lo que acababa de decir? ¿Era «No entiendo» el pie esperado?

—Y sin embargo es muy sencillo. Las alegrías no compartidas generan sequía, malestar, oscuridad... Por eso mi establecimiento se llama así. Candela Viva. Una llama prendida en la ciudad. Una llama que se alimenta de sentimientos, recuerdos y emociones, ¿me entiende?

Jana asintió débilmente. Empezaba a entender. O eso creía. Candela no estaba representando. Candela era así. Una iluminada.

—Mis clientes se sienten a gusto aquí. Frescor en verano, calor en invierno... Un lugar ideal para las confidencias. Por ejemplo...

Jana le sostuvo la mirada. Una mirada tan amable como intensa. La mujer, de nuevo, parecía pendiente de su colaboración. ¿Una confidencia?, ¿un secreto? En algo sí le daba la razón. Se sentía a gusto allí. Reconfortada. A pesar de la situación un tanto peregrina. O precisamente por ello. Por su misma rareza. Después de todo, ¿qué podía perder? Entraría en el juego. Nadie la esperaba en ningún lugar. No tenía prisa. Ni le apetecía lo más mínimo abandonar aquel oasis y volver a los rigores del desierto.

—Pues sí —dijo súbitamente animada—. Tengo una pequeña alegría que compartir. De ahora mismo, de hace solo un rato...

Y Jana, entonces, le contó que a punto había estado de desmayarse y a punto también de que la atropellara un coche. Aunque, tal vez, se corrigió enseguida, lo mejor sería invertir los tiempos e intentar proceder con orden. Liberó al conductor de toda culpa y reconoció que andaba despistada, perdida en sus pensamientos. Pero, aunque se le nubló la vista y sintió un leve mareo, no llegó a perder pie. Un susto sin consecuencias. Un pequeño milagro que se saldó con un susto.

—Y... ¿en qué pensamientos andaba perdida?

Vaya. Acababa de hacerle partícipe de su pequeña alegría. Acababa de compartirla. Acababa, en fin, de cumplir con lo que parecía el protocolo del lugar, la condición para que la candela del dicho siguiera prendida... Pero, sin apenas darse cuenta, continuó hablando. La voz de la mujer había sonado tan cercana que Jana, por unos instantes, se sintió de regreso al asfalto ardiente, al centro de la calzada, al sonido del claxon, a los improperios del conductor... Y a sus pensamientos. Reflexiones que se sentía incapaz de transmitir porque no eran ni ideas ni razonamientos ni cavilaciones. Solo dudas, ignorancia, malestar. Sensaciones que la acompañaban desde hacía tiempo.

—La vida va demasiado deprisa, Candela.

Parecían amigas. Sentadas una frente a otra, a ambos lados del mostrador, a la luz oscilante del candelabro. Eran amigas, a pesar de que se acabaran de conocer y se trataran de usted. Con distancia y respeto. A ratos el rostro de la mujer sin edad parecía un espejo.

—Y los años... —dijo Jana—. He cumplido ya los...

La mujer, con un gesto, le ordenó silencio.

—¿Por qué dice «ya»? —preguntó enseguida, sonriendo—. Ha cumplido... Y punto.

Sí. Era su amiga. Una amiga desconocida que la ayudaba a verbalizar lo que aún no tenía nombre.

—Porque está claro que he vivido más de lo que probablemente me quede por vivir.

¡Qué fácil era todo en Candela Viva! Día tras día, noche tras noche, intentando aclararse sin el menor resultado e, inesperadamente, la madeja de sensaciones empezaba a deshacerse por sí misma. Acababa de abrirse camino en una selva. Solo quedaba desbrozar terreno y seguir avanzando.

—No es tanto el miedo a la vejez —prosiguió—, ni tampoco la añoranza del pasado. Se trata de algo muy distinto. La necesidad de detener el tren, de pausar la vida y reconstruir la película de tu existencia. Con todo lo bueno y todo lo malo... Algo así como hacer las maletas y tenerlas ahí, siempre a mano.

Jana se detuvo. El improvisado símil de las maletas le parecía de pronto sorprendentemente ajustado. Como también el anterior, el de la película. Nunca antes habría podido expresarse con tanta exactitud. Se imaginó guardando la cinta de su vida en una maleta, cerrándola luego y sentándose encima. Satisfecha. Extrañamente satisfecha. Una sensación plena. Superlativa. Mayúscula. Difícil de expresar con palabras.

Pero aún faltaba mucho para eso.

—Continúe, Jana. La escucho.

Ahora la maleta estaba abierta. Vacía. A su lado un maletín, un neceser y una bolsa de viaje, también vacíos y abiertos. Su futuro equipaje.

—No sé por dónde empezar —dijo.

Pero no era del todo cierto. Había empezado ya con una pequeña confianza y la película de su vida, a partir de ahí, fue armándose por sí sola a medida que, con una fluidez desconocida, escupía recuerdos, iluminaba pasajes o rescataba secuencias olvidadas, perdidas, hasta aquel día, en la oscuridad y el silencio. «Todo lo bueno y todo lo malo», repitió varias veces, admirada de que *lo bueno* y *lo malo*, lejos de enfrentarse, se complementaran en perfecta armonía. *Lo bueno* acrecentaba el bochorno que le producía *lo malo*, mientras que *lo malo* enaltecía y resaltaba las acciones contenidas en *lobueno*. En un momento dado se detuvo, miró a la mujer y se encogió de hombros.

—¿Somos, por encima de todo, producto de las circunstancias? ¿Qué hubiera pasado sí...?

Un plano de posibilidades perdidas se dibujó inmediatamente en el aire, entre ella y la mujer que seguía escuchándola comprensiva. Aventuró lo que pudo haber sido de transitar por los caminos que no tomó o detenerse en las esquinas en las que no se detuvo. Pero no quiso demorarse en esas vidas ajenas que en ningún momento llegaron a ser suyas. Las despidió de un manotazo y volvió decidida a su relato. Intentó resultar hábil y directa, evitar repeticiones, privilegiar elipsis, revivir, en fin, las

distintas etapas de su existencia con las palabras justas, las imágenes exactas. Y sintió. No dejó en ningún momento de sentir. Alegría, vergüenza, placer, dolor, amor... Sonrió al revivir el primero. Un amor adolescente. Lloró al recordar el último. Se enjugó las lágrimas con un pañuelo y repitió:

—La vida va demasiado deprisa, Candela.

Eso era. Exactamente eso. Y enseguida, con una claridad inesperada, entendió que lo que acababa de hacer no era un balance ni tampoco un ajuste de cuentas consigo misma. Solo un recuento.

—Hay que tomarse un descanso y ordenarla —concluyó.

Una vela parpadeó unos segundos antes de extinguirse y el rostro de Candela, por unos instantes, adquirió los rasgos de una anciana. ¿O se trataba, simplemente, del efecto que le causó el cabello? La melena canosa y enmarañada que la mujer, de improviso, había dejado caer sobre los hombros mientras sujetaba unas horquillas con los labios. El rostro de una vieja. Una vieja desconocida. ¿Qué hacía ella ordenando su vida ante una vieja desconocida?

—Un recuento —dijo Candela.

Pero ya había rehecho su tocado. El moño austero. Y volvía a resultar atractiva, especial, incluso hermosa. Y volvía también, sobre todo, a sonreír. Una sonrisa que esta vez a Jana no le tranquilizó en absoluto. Muy al contrario. ¿Dónde se encontraba en realidad? ¿O era que la palabra *realidad* nada tenía que ver con lo que creía estar viviendo? Se restregó los ojos y de nuevo pensó en Hitchcock. En «Hitchcock presenta» y en «La hora de Alfred Hitchcock». Pensó también en *The Twilight Zone* y en Jane Wyman y Claudette Colbert, las dos ya maduras, confundidas en el recuerdo, unificadas por la edad, por la redondez del rostro o por su sempiterno flequillo. Porque una de las dos, fuera quien fuera, sufría, como ella hacía un rato, un pequeño accidente del que salía ilesa. Y, aliviada y feliz, regresaba a casa. Una casa muy parecida a la suya. Una casa que era, en definitiva, *la suya* aunque... ¡Veinte años después! Wyman-Colbert tardaba más de lo sensato en comprender lo que podía haberle ocurrido. Casi tanto como le estaba sucediendo a ella. Pero Jana ya no podía engañarse. Veinte años o veinte minutos... Lo que menos importaba era el tiempo. El accidente había resultado mortal. De eso no

tenía ya la menor duda. Y ella o la esencia de ella, su mero recuerdo, tal vez únicamente una sombra acogida a la inercia de la vida, seguía, como el cuerpo de un gallo decapitado, transitando por un mundo al que ya no pertenecía. Una incongruencia. Jana, como en aquel lejano episodio de una vieja serie, no era más que una obstinación. Un disparate.

Ahora en el candelabro solo ardían dos velas; la otra, ya extinguida, se limitaba a humear. Jana cubrió con la mano la candela de llama más viva y la estrujó con furia. Un grito de dolor atravesó la tienda y retumbó en los cristales de la ventana que oficiaba de aparador. Pero ¿era capaz de sentir *todavía*? ¡Claro que podía sentir! Le costó recobrar la movilidad de los dedos. La mano quemada había quedado contraída, tan agarrotada que la cera no tardó en formar un molde, un guante ardiente que la aprisionaba. Pero no estaba muerta, ni tampoco la cera, que pronto fue amontonando en tiras sobre el mostrador, podría ya servir de modelo a ningún artista fúnebre. Un escultor de cementerios a quien, por unos instantes, había imaginado en su taller rodeado de mascarillas funerarias, transformando en mármol su puño crispado. Su garra. Una representación del dolor, de la enfermedad o del pánico. La imaginación siempre había sido su fiel compañera, aunque alguna que otra vez le gustara jugarle una mala pasada. Como hacía un rato.

—Se hace tarde —dijo Candela soplando sobre la herida con exquisita delicadeza—. Dentro de poco tendré que cerrar.

Solo entonces Jana se dio cuenta de que era ya de noche. A la luz de la última vela el rostro oscilante de la mujer le produjo una extraña sensación. Una mezcla de serenidad y reconocimiento. No le había preguntado el porqué de su acción ni reprendido por lo que podía parecer un absurdo deseo de lesionarse. Le indicaba únicamente que se estaba haciendo tarde y tenía que cerrar. Eso era todo. Recordó «velas flotantes», pero tampoco esta vez llegó a pedir las.

—Gracias —dijo únicamente.

Las campanillas de la puerta la acompañaron en su reencuentro con el calor, el asfalto, los rigores del día que creía haber dejado atrás. *La ola de calor más intensa en lo que va de siglo*. Se admiró de haber pasado la tarde entera en Candela Viva, toda una tarde sin apenas enterarse. Repitió: «La vida va demasiado deprisa», y se felicitó, sobre todo, por haber sabido

detenerla, tomarse un descanso y ordenarla. Porque eso era lo que había hecho. Un recuento. Analizar el pasado para entender el presente y poder así construir, en la medida de lo posible, el futuro. Ayudada por el entorno y la comprensión de la singular mujer de la cerería. Y no podía menos que sentirse liviana, etérea, con los principales hechos de su vida perfectamente estibados en su equipaje. Maleta, neceser, maletín y bolsa de viaje que ahora ya no visualizaba vacíos, expectantes, sino llenos a rebosar. Como tantas horas atrás, antes de descubrir la cerería, se dispuso a cruzar la calle. Ligera, alegre, acompañada en la imaginación por un bagaje ingrátido, abandonándose esta vez no ya a sus pensamientos, pero sí a un recién descubierto bienestar. El de haber acabado un ciclo y encontrarse dispuesta a iniciar otro. Y fue entonces cuando oyó un frenazo, una voz irritada que gritaba al aire. «¡Estúpida! ¡Cretina! ¡Loca!...». Cuando, en fin, se le nubló la vista y temió caer.

Pero el temor no tenía ya sentido. Se descubrió en el suelo y, a través de la nube de sus ojos, todavía alcanzó a ver, al otro lado de la calle, un rótulo luminoso que, parpadeando, escupía las palabras «Candela» y «Viva». Hasta que se apagó de golpe. Como la última vela del candelabro, pensó Jana. La última vela que en esos instantes, en un fantasmal espacio en sombras, ya no daba luz, solo humeaba. Un humo denso que llegaba hasta ella opacando rostros sin expresión, confundiendo murmullos. Ni siquiera intentó incorporarse; se limitó a balbucear: «Recuento». Y enumeró con un hilo de voz sus pertenencias. Porque, aunque el corro de curiosos no viera más que a una pobre desahuciada, un cuerpo inerte o una terrible mano cercenada, ella acababa de disponer maletín, bolsa y neceser sobre los vértices de un triángulo invisible y, en el centro, sentada en una maleta llena a rebosar, se sentía descansada y feliz. Extrañamente descansada y feliz. Y ahora sí. Por fin. SATISFECHA.



Cristina Fernández Cubas (Arenys de Mar, Barcelona, 1945) es una escritora y periodista española, una de las más destacadas cultivadoras del relato breve en la literatura española de las décadas de 1990 y 2000. Estudió Derecho y Periodismo en Barcelona. Casada con el escritor Carlos Trías Sagnier, desde muy joven ejerció como periodista. Ha residido, entre otras ciudades, en El Cairo, Lima, París y Berlín.

Publicó su primer volumen de cuentos, *Mi hermana Elba*, en 1980, al que le han seguido otros: *Los altillos de Brumal* (1983), *El ángulo del horror* (1990), *Con Aghata en Estambul* (1994), *Parientes pobres del diablo* (2006, Premio Setenil del mismo año). En 2009, su recopilación *Todos los cuentos* recibió los premios Ciudad de Barcelona, Salambó, Qwerty y Tormenta, entre otros.

Es también autora de novelas —*El año de Gracia* y *El columpio*—, una obra de teatro —*Hermanas de sangre*— y un libro de memorias narradas, *Cosas que ya no existen* (Premio NH Hoteles para Cuentos, 2001), recuperado en 2011.

En 2013 decidió utilizar el seudónimo de Fernanda Kubbs para su novela *La puerta entreabierta*, sobre una periodista escéptica que al visitar a una vidente sufre una transformación inesperada.

Fernández Cubas se vale de los modelos de la narración fantástica para enfrentar a sus personajes —principalmente femeninos— a unas atmósferas inquietantes, plenas de sugerencias, un juego en el que el lector es parte activa del desciframiento de las claves y de los silencios, del desvelamiento de las razones últimas de las psicologías y conductas. Su obra está traducida a diez idiomas.

## Índice de contenido

Tú Joan, yo Bette  
¿De qué se habla en las fiestas?  
Momonio  
La hermana china  
Il Buco  
Candela Viva  
Sobre la autora